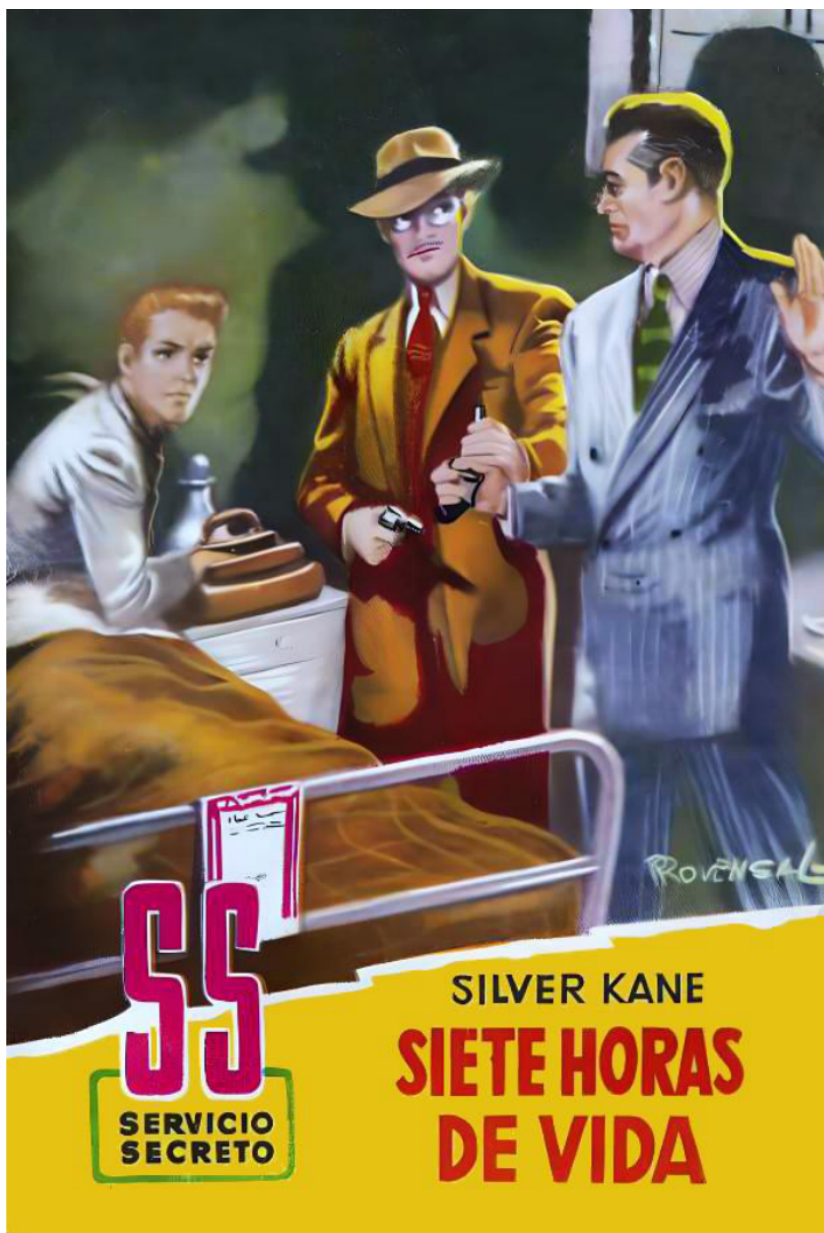




SS

**SERVICIO
SECRETO**

SILVER KANE
**SIETE HORAS
DE VIDA**

SIETE HORAS DE VIDA

SILVER KANE

Siete horas de vida

1ª EDICIÓN
SEPBRE. - 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición.

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2. Barcelona.

SIETE HORAS DE VIDA

por
SILVER KANE



A R. T. S., que tan magnífica descripción hizo, ante los micrófonos de la "North American Broadcasting Corporation", de la dramática persecución de Jackie Morgan.

EL AUTOR

CAPÍTULO I

LA CELDA DE LOS MUERTOS

*Prisión de
Sing-Sing,
9 noche.*

Sonaron en aquel momento las nueve de la noche, la hora reglamentaria de la última comida.

Dos cocineros de «Chef», uno de los mejores restaurantes de Nueva York, ayudaron aquella vez a prepararla. No faltó el pollo frío, una ración de caviar y una botella de buen champaña francés, del que hacía perder la memoria a los hombres y la voluntad a las mujeres. El gobernador de

Sing-Sing,

hombre conocido por su buen gusto en materia de música y manjares, corría con todos los gastos.

De las bandejas se sirvieron dos cenas completas, y aún sobró una buena ración para los guardianes que quisieran probarla. Con lentitud, como el que va a entregar al suicida un puñal envenenado, dos camareros de la cantina de la prisión se encaminaron hacia el llamado «Departamento de los Muertos». Cuatro guardianes, con las pistolas cargadas, les seguían a breve distancia. Así pasaron bajo las celdas de los reclusos comunes.

Un sordo rumor de palabras a media voz les seguía en su camino. Los de la galería alta se pusieron a patalear, pero muy lenta y rítmicamente, como si imitasen el sonido de los

«tam-tam»

de la selva. Todos los hombres encerrados en el presidio de Sing-Sing,

los que algún día verían otra vez la luz de las calles, y los que no regresarían a sus casas nunca más, presentían el sacrificio.

Una red de puertas metálicas se abrió al paso del grupo. Los sistemas de seguridad fueron desconectados por unos segundos; todos los guardianes veían pasar aquella última comida, regalo especial del gobernador para dos condenados a muerte, con ojos nublados de hombres que aún no se han acostumbrado a la tensión de la última noche. El celador más antiguo de la penitenciaría les aguardaba de pie en el centro del pasillo.

—Para Tedell Martins y para Jackie Morgan —dijo uno de los camareros.

—Tedell Martins se ha negado en absoluto a comer. Le entraré la botella de champaña solamente. Su ración podéis llevársela a Morgan, que está tan tranquilo como si mañana hubiesen de dejarlo en libertad.

El celador, un hombre de unos cincuenta años, de facciones duras y ojos firmes, pero bondadosos, tomó la botella de champaña, sacándola de su cubeta de hielo, y se encaminó con ella hacia la celda del fondo del pasillo.

Un guardián abrió otra de las puertas, situada a la derecha, y los camareros penetraron con las dos raciones de la última cena. El sentenciado que estaba en el interior, se puso en pie y siguió frotando, indiferente, con una de las mangas, su armónica de boca. Llevaba varias horas haciendo lo mismo, muy lentamente, aunque sin duda no se atrevía a tocarla.

Tedell Martins, en cambio, no se levantó de su camastro cuando el celador, con el que había acabado por unirle una cierta amistad, entró en la celda. Era joven —apenas veinticuatro años— y sus cabellos semirrubios se derramaban en mechones por su frente. Llevaba desabrochada la americana reglamentaria, y su amplio pecho desbordaba de fuerza y vigor bajo la luz plomiza de la celda. Pero, en contraste, su rostro parecía el de un niño enfermo. Diríase que la inminencia de la muerte había acentuado sus rasgos infantiles, dotándole de una expresión de mansedumbre. A veces, ésta era tan acentuada, que los guardianes que habían de acompañarle durante su última noche, evitaban mirarle...

El celador se puso a descorchar la botella de champaña. Sobre una mesa de madera blanca, a la que estaban sentados los otros dos

celadores, había un juego completo de copas en una bandeja, también de madera y sin ningún reborde de metal. Tedell se incorporó a medias, y se puso a mirar al recién llegado, mientras éste llenaba las copas.

—Supongo que nos invitas.

El sentenciado se encogió de hombros y volvió la espalda, como si la frase no se refiriera a él.

—¿No quieres beber con nosotros, Martins?

—Gracias por intentar animarme. Puedo asegurarnos que durante la última noche de una vida, la alegría no es nada contagiosa.

En aquel momento, se oyeron pasos en el largo corredor del «Departamento de los Muertos». Se detuvieron un instante ante la celda de Jackie Morgan, y siguieron avanzando hasta la puerta del fondo. Martins sabía que una línea telefónica directa unía el despacho del gobernador de

Sing-Sing

con el del gobernador del Estado, la única persona de la que podía esperar el indulto.

Se levantó, mirando con ojos obsesionados hacia la puerta, y en su frente aparecieron unas frías gotitas de sudor. Los celadores, que habían reconocido en aquellas pisadas las del gobernador de la prisión, se levantaron también y, contagiados de la angustia de Martins, miraron igualmente hacia la puerta.

Ésta se abrió con un chasquido y el guardián se hizo a un lado, con la mano puesta sobre la funda de su revólver. El gobernador entró. Sus hombros estaban abatidos y tenía la cabeza baja; diríase que acababa de recibir una noticia fatal para él. Martins leyó tan claramente la desesperanza en sus ojos, que, mirando al suelo, volvió a sentarse lentamente, sobre la colchoneta de goma.

—John Tedell Martins —comenzó el gobernador, con voz grave —, debo comunicarle que acabo de sostener, en favor de usted, una última conversación telefónica con el gobernador del Estado de Nueva York. No le he ocultado a usted, desde que entró en esta celda, que de modo personal creo en su inocencia. Pero nuestras creencias nada valen cuando ha hablado la ley. Y por esto el esfuerzo que he hecho ha de ser el último. Sé que el gobernador se ausenta esta noche de la capital por graves motivos que requieren su presencia en Washington; le he rogado, por consiguiente, que

antes de marchar, tomase una decisión sobre el indulto. Me ha contestado que tiene ya formado, sobre este caso, un criterio irrevocable: usted, como Morgan, debe sentarse en la silla eléctrica antes del amanecer. Crea, Martins, que, como hombre, he hecho cuánto ha estado en mi mano para evitar este momento, pero como gobernador de

Sing-Sing,

seré un fiel cumplidor de las órdenes recibidas y así dispondré que, a las cinco menos cuarto de la próxima madrugada, sea usted conducido a la cámara de ejecución. He venido a rogarle que se prepare para ese momento y que muestre conformidad, haciéndonos así más fácil nuestra penosa tarea. Quiero también pedirle que, con entera libertad, y considerándome en este momento como a un amigo, me pida la última gracia. Haré... —aquí su voz vaciló, pues sabía que los condenados acostumbraban a pedir cosas antirreglamentarias o imposibles—, haré todo lo posible por complacerle.

Tedell Martins, que le había estado mirando con una chispita de gratitud en sus ojos húmedos, bajó la cabeza de repente y cerró las manos. Todo su cuerpo sufrió un estremecimiento. Los celadores se acercaron a él, temiendo que fuese a sufrir, de un momento a otro, un paroxismo nervioso.

Sin embargo, cuando levantó el rostro, éste era perfectamente normal, aunque conservaba aquella apagada humedad en los ojos.

—Ya ha hecho bastante obsequiándome con una cena extraordinaria, señor.

El gobernador le puso una mano en el hombro.

—Olvide eso, Martins, y dígame lo que realmente desea. Lo que, en su última noche, desea realmente con todas sus fuerzas y todas las potencias de su vida. Ver nuevamente a algún familiar, grabar su voz en un disco...

Martins volvió a hundir la cabeza en el pecho, y sus manos se cerraron nuevamente. Cuando las abrió, sus uñas habían dejado en las palmas, huellas de sangre.

—Quiero saber cuál de los dos morirá primero —rechinó.

Había tanto odio contenido en su voz, que los celadores se miraron sorprendidos a los ojos.

—Usted —susurró el gobernador—. La orden del gobernador así

lo dice.

Martins se levantó y sus manos, formando dos garras crispadas, se alzaron para arañar el aire. Los guardianes, temiendo que fuese a atacar al gobernador, se arrojaron sobre él, y lo doblaron con su peso sobre la colchoneta de goma. Uno de ellos le torció el brazo brutalmente, por detrás, hasta sentir el chasquido de los huesos. El condenado lanzó un gemido.

—Suéltente —ordenó el gobernador con voz seca—. Ya basta.

Tedell Martins no se movió de la postura en que le habían dejado. Con el brazo todavía retorcido sobre la espalda, sin volver el rostro para que no viesan la expresión de ira y de dolor que demudaba sus facciones, empezó a hablar. Lo hacía con una voz extraña, mezcla de súplica y de amenaza. Parecía, en determinados momentos, un niño que gime; otros, un criminal empedernido que sólo pide la última satisfacción de saber que otro le ha precedido en el camino de la tumba.

Pidió:

—Jackie Morgan preparó todas las pruebas para que yo fuese condenado a muerte... Se lo juro, señor, como lo juré ante el Tribunal. Necesitaba algún imbécil para que cargase con la pena de su crimen, y me eligió a mí... Pero sus cálculos fallaron y él fue capturado también. Esto es injusto, señor... es injusto que muramos en la misma silla, ante los mismos testigos... Yo sólo pido que me den la satisfacción de que he sido vengado. ¡Maten primero a ese maldito perro que se llama Morgan! ¡Achichárrenlo, y luego me sientan a mí en la silla! ¡Moriré gustosamente, señor, y le daré las gracias siempre, esté donde esté, si cuando yo vaya a la sala de ejecuciones, sé que Morgan ha salido ya de allí!

Su voz vibró con un odio contenido en las últimas palabras. Parecía increíble que Tedell Martins, que hasta aquel momento había dado muestras de gran docilidad y de una ejemplar resignación, hubiese llegado a aquel extremo de rabia desbordada. El gobernador, intentando comprenderle, se acercó más a él.

—La orden de ejecución está ya firmada, Martins. No obstante, con el consentimiento escrito de Morgan... yo podría alterarla, aunque fuese un caso único en la historia de Sing-Sing.

Ninguna ley me lo prohíbe. Intentaré pedírselo...

Tedell Martins se incorporó lentamente y volvió el brazo a su posición normal, con grandes esfuerzos. Cuando alzó el rostro, dio la impresión de que había logrado sobreponerse ya a aquel arrebató de ira. Sus ojos brillaban ahora con una mortecina luz.

—No es necesario que lo haga, señor. Sería ridiculizar mis últimas horas.

El gobernador le miró largamente. Sabía que nada tenía que hacer ya allí, y que la situación sería más violenta e insostenible a cada instante. Pero algo le retenía junto a aquel muchacho de veinticuatro años, atlético, de facciones nobles, a quién no vería ya hasta el momento de ser conducido a la silla. Repentinamente, tomó una decisión, y volvió la espalda sin decir palabra, seguido del celador de turno.

La puerta se cerró tras ellos. Los dos guardianes se miraron con expresión abatida.

—Ya ha pasado la hora de la última gracia, Martins. Pero, por todos los diablos que eres el único condenado por quien el gobernador de

Sing-Sing

no dormirá en varias noches. El «boss» se ha ido sinceramente conmovido. Nunca le había visto así.

El otro, el que había torcido el brazo del joven, se sentó a su lado y le puso una mano en la espalda.

—Tienes que perdonarme, Martins. Estamos aquí para acompañarte, pero no podemos consentir que se hagan bromas en presencia del gobernador.

Martins se encogió de hombros.

—Todo da igual ya. Muchas gracias.

Y era como si hubiese querido decir: «Ojalá me lo hubieses roto».

En aquel momento tuvieron una sorpresa. Todos oyeron cómo alguien cerraba la puerta de Jackie Morgan. Era, sin duda, el gobernador, que salía después de ofrecer la última gracia. Pero los pasos, en lugar de alejarse hacia las escaleras, volvieron otra vez al fondo del pasillo. Eran ahora cuatro hombres los que se acercaban. Tedell Martins, muy pálido, miró hacia la puerta; ésta se abrió y en el umbral, acompañado de dos agentes, apareció Jackie Morgan. Tras ellos, estaba el celador que le llevó el champaña.

Hubo un momento de vacilación, de estupor, que los mantuvo a todos inmóviles. Jackie Morgan sonreía con una expresión entre comprensiva y cínica. No tenía, desde luego, la expresión del hombre que dentro de unas horas va a morir en la silla eléctrica. Tedell Martins se levantó e hizo ademán de saltar sobre él; pero la misma tensión de la atmósfera, la angustiosa sorpresa de aquella situación que nunca hubiera esperado, pesó sobre sus brazos y le detuvo.

Morgan entró y salieron los que le habían conducido.

—Estoy aquí con permiso del gobernador, Tedell... si tú no te opones. He pedido, como última gracia, que me dejen pasar junto a ti las postreras horas de mi vida.

Había en su voz un tal timbre de superioridad, de seguridad en sí mismo, que Tedell le admiró en el fondo de sus sentimientos, antes de reaccionar de su sorpresa. Pero luego su odio implacable saltó a su sangre y sus músculos, llenándole de un fiero deseo de matar, y tendió sus manos hacia la garganta de Morgan. Éste se apretó contra la puerta, que acababa de cerrarse, al tiempo que un celador se interponía entre los dos. El extraño visitante habló, con voz algo temblorosa:

—Ten un minuto de paciencia, Tedell. Hasta un canalla como yo tiene derecho a hablar antes de que le maltraten. He venido aquí para ofrecerte la posibilidad de morir en último lugar.

El joven sintió que toda su sangre se comprimía en su cabeza y que le silbaban los oídos.

—¿Tú, Morgan... has venido a ofrecerme esa posibilidad?

—Sí, aunque te parezca increíble. Acabo de saber que tu mayor anhelo es enterarte de mi muerte antes de que te conduzcan a la silla eléctrica. Estoy dispuesto a concederte este placer... si sabes ganarlo. No me importa no gozar ese último cuarto de hora de mi vida que separará nuestras dos muertes. Despidámonos como antiguos truhanes, Martins. Juguemos, y que los naipes decidan cuál ha de morir primero.

El joven se estremeció.

—¿Jugar?

—¿Por qué no? Esto nos ayudará a pasar la última noche. Si tú ganas, yo daré mi conformidad por escrito, para que sea alterado el orden de las ejecuciones. Si pierdes, me oirás silbar desde mi celda

cuando te conduzcan a la silla eléctrica. ¿Qué dices, Tedell Martins?

Uno de los celadores, viendo la posibilidad de que con aquella partida se hicieran más breves para el joven las horas de su última noche, le puso una mano en el hombro.

—Accede, Martins —sugirió—. Todos los condenados juegan a las cartas y se reaniman con licor durante su última noche. Una buena partida es mejor que cualquier consuelo. Siéntate a la mesa, y demuéstranos que aún tienes nervios para ganar.

Los que se odian —según un viejo adagio— se buscan tanto como los que se aman, y aún más. Tedell Martins dijo que sí.

Se sentaron alrededor de la mesa, uno frente al otro y con un guardián a cada lado. Por la mirilla, el agente de servicio contemplaba todos los detalles. Sobre la mesa aparecieron unos naipes.

—Nunca me separo de ellos —explicó uno de los celadores—. Cuando muera, los regalaré al Museo Negro de la Metropolitan Police.

Cortaron, y Morgan repartió. Los ojos de los dos enemigos no se separaban un momento, como si pretendieran magnetizarse. Con una frialdad absoluta, empezaron a jugar.

Quizá el odio le prestaba una desconocida energía. Más tarde, los celadores habían de explicar que nunca volvería a presentarse otra partida más fría, más calculada y perfecta entre dos condenados a muerte.

Tedell Martins ganó.

Morgan había flojeado en las últimas jugadas. Para siempre quedaría la duda de si no puso toda su alma en el final de la partida y se dejó ganar. Pero lo cierto es que una sonrisa, indiferente aleteaba en sus labios cuando se volvió hacia un celador y le pidió papel y una pluma estilográfica.

—Ya lo han visto —agregó—. Tedell Martins ha ganado.

Sin mirarle, se puso a garrapatear sobre un pequeño block que el celador le había prestado. Tuvo que hacerlo a lápiz, pues ninguno de los que permanecieron en el «Departamento de Muertos» estaba autorizado para llevar sobre su cuerpo una sola onza de metal. Tedell Martins le miraba escribir con la frente cubierta de un sudor helado. De repente, se rompió el equilibrio de sus nervios.

—Tú has venido para burlarte de mí, Morgan. Hiciste que me

condenaran a muerte, y has llevado tu odio hasta el extremo de reírte de mi angustia esta noche. ¡Yo ahorraré trabajo al verdugo! ¡Eres un...!

En aquel momento se oyeron pisadas en el corredor, muy próximas, y la puerta se abrió rápidamente. Un hombre alto, encorvado, vestido de negro, entró acompañado de dos guardianes. Era el «Buitre de Sing-Sing».

CAPÍTULO II

LA ÚLTIMA VISITA

*Prisión de
Sing-Sing,
9.45 noche.*

Los dos condenados a muerte habían oído hablar de él, pues los «columnistas» de Nueva York le dedicaban frecuentes artículos. No imaginaban, desde luego, que fuese tan alto ni que tuviese aquella mirada tan dulce en los ojos. Jackie Morgan le consideraba un maniático y le volvió ostentosamente la espalda. En cambio, Tedell Martins siempre había sentido por aquel hombre, al ver su fotografía en los periódicos, cierto reflexivo y curioso respeto. Se puso en pie al verle entrar.

—Éste es el doctor Flanagan —indicó uno de los guardianes—. Seguro que han oído ustedes hablar de él.

El médico se inclinó con cierta timidez. Morgan lanzó un gruñido.

—No es grata la tarea que me trae aquí —empezó a decir Flanagan—. Ustedes saben que en la industria son cada día más numerosos los accidentes por causa de la electricidad, y que la ciencia trabaja con ahínco para evitarlos. Yo, como médico y jefe...

—Abrevie —masculló Morgan.

—Yo, como médico y jefe del Laboratorio de Previsión de Accidentes, estoy autorizado por el gobernador para... para adquirir los cadáveres de todos aquellos que van a morir en la silla eléctrica, si quieren vendérmelo. Supongo que ustedes sabían eso.

Tedell Martins se sentó sobre la colchoneta, pálido como la cera.

—No es una malsana curiosidad científica lo que me ha traído

aquí tantas veces, se lo aseguro. A pesar del apodo que los reporteros me han dado, sólo deseo averiguar todos los efectos que las altas descargas eléctricas producen en el organismo humano. Se obtienen tantas enseñanzas del cadáver de un hombre recientemente electrocutado, que... En fin, si ustedes no tienen un especial interés en contra, yo puedo hacerme cargo de sus cadáveres y pagar... ciento cincuenta dólares... a la persona que deseen.

Morgan se volvió y miró al doctor con cierta socarronería no exenta de un oculto nerviosismo.

—Traiga el papelucho. No tengo ningún inconveniente en firmar la venta de mi cadáver. Emplearé los ciento cincuenta dólares en construir para mis restos una buena tumba en el mejor sitio del cementerio de Brooklyn.

El «Buitre» extrajo dos documentos mecanografiados del interior de una cartera. No había supuesto tanta facilidad. Los condenados solían blasfemar y arrojarle de allí. Algunos, incluso, habían intentado agredirle. Pero su sorpresa subió de punto al tropezar con los ojos de Tedell Martins; éste tenía una expresión bondadosa y pacífica, y sus ojos le miraban con una especial dulzura.

—No quiero que ninguno de mis familiares... me vea después de muerto —dijo, templándole la barbilla—. Por lo tanto, yo también le venderé mi cadáver. Ha de ser con la condición de que mañana mismo entregue los ciento cincuenta dólares a mi madre, que es pobre, con el último abrazo de su hijo.

El más viejo de los celadores sintió que una cosa blanda ascendía y bajaba por su garganta, buscando derramarse por sus ojos.

—Vamos, Flanagan, acabe.

El médico extendió los dos documentos sobre la mesa, y ambos condenados firmaron sin leerlos. Acto seguido les tendió la mano, pero sólo Tedell Martins quiso estrechársela.

Salió.

Los dos quedaron quietos, mirándose a hurtadillas. Era curioso que aquellos dos hombres, que se odiaban a muerte, tolerasen pasar juntos sus últimas horas. El guardián del exterior, que observaba por la mirilla, dio tres golpecitos en la puerta, para llamarles la atención.

—Viene el médico para el último reconocimiento. Pero no es

Jameson, sino otro.

En efecto, se oían pasos al otro extremo del corredor. Eran los de tres hombres, quizá más, que se aproximaban nerviosamente. Los dos condenados sabían que aquélla era la última visita, y que después de eso ya nadie volvería a acercarse por el corredor fatídico, excepto el cortejo que había de conducirles a la silla eléctrica.

La puerta se abrió y, acompañado de los dos consabidos guardianes con la mano sobre el revólver, apareció un hombre joven, de unos treinta años, de facciones duras y firmes, con gafas que le conferían cierto aspecto doctoral. Llevaba un maletín en la mano.

—Soy el doctor Jukall —declaró al entrar—. Vengo a hacer a los condenados el reconocimiento reglamentario.

El más viejo de los celadores se encaró con él.

—Usted es nuevo, ¿eh? ¿Qué le pasa al doctor Jameson?

—El doctor Jameson está ausente de Nueva York. Tengo permiso del Colegio Médico para sustituirle.

—Por acá, ¿sabe? somos muy desconfiados con la gente nueva.

—Ya he tenido ocasión de comprobarlo. Ni que fuese a robar la silla eléctrica. —Y agregó, dirigiéndose a los condenados—: Bien, tengan la bondad de despojarse de las chaquetas.

Los dos lo hicieron, sin hablar una palabra. Tedell Martins mostró a la luz su impresionante musculatura de atleta, que le daba un aspecto gigantesco en la pequeñez de la celda. Morgan, más pequeño y flaco, estaba, por el contrario, encogido y como atemorizado.

Al ver al médico había cambiado de color. Parecía como si sólo entonces se hubiese dado cuenta de que ya todos los trámites legales habían sido cumplidos, y que nada más unas breves horas le separaban de la silla eléctrica. Su rostro quedó sin sangre, y tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Por cuál de los dos empiezo?

—Por mí. Es igual —dijo Martins.

El médico extrajo un cardioscopio y se lo aplicó al corazón. Le preguntó, entretanto, si sabía cuáles habían sido sus enfermedades durante toda su vida. Mientras hablaba, le aplicó con rapidez una pequeña plaquita en el estómago. Tedell Martins apenas se

estremeció.

El médico cortó la corriente de la pila que iba aneja a la plaquita, y se puso a escribir en un cuestionario. Y Martins imaginó lo que escribía.

«Poca sensibilidad para las corrientes eléctricas. Descarga fortísima. Habrá que repetir».

Sabía que aquellos datos pasaban directamente al verdugo encargado de la ejecución, desde que varios hombres fueron achicharrados en la silla eléctrica, por falta de observación previa, y se armó un formidable alboroto de Prensa. A pesar de su aparente calma, una horrible angustia le punzaba todos los nervios.

En aquel momento, Morgan, que estaba casi apoyado en uno de los celadores, lanzó un débil gemido. El médico se volvió hacia él.

—¿Pero qué le pasa, hombre?

—Nada, doctor. Una pequeña molestia en el pecho. Algo que me ocurría ya cuando era niño.

Jukall se levantó, e hizo sentar al condenado en una de las banquetas fijas de la celda. Le aplicó el cardioscopio, y en aquel momento una intensa palidez cubrió todo su rostro.

—¡Pronto! ¡Llamen al gobernador de la prisión!

—¿Qué ocurre? ¿Qué le sucede a...?

—¡Este hombre está a punto de sufrir un síncope! ¡Llamen al gobernador, pronto, o no respondo de que puedan enviarle a la silla eléctrica!

El guardián de la mirilla, que había sido testigo de todo, se apartó con rapidez de su puesto de observación, y llamó por el teléfono interior, contiguo a la celda.

Jukall sostuvo a Morgan por la espalda cuando éste se desplomaba. Los dos celadores hicieron lo mismo, mirándose nerviosamente. El médico levantó un párpado al condenado y todos, incluso Martins que se había acercado, pudieron verlo perfectamente blanco.

—¡Pronto! ¡Hay que llevar a este hombre a la enfermería, o no respondo de su vida! ¡Tiene el corazón muy débil, y no ha podido resistir la tensión de sus nervios!

Los celadores se miraron, sin saber qué solución adoptar. En el fondo, si se hubiesen examinado con sinceridad a sí mismos, lo mismo les importaba ver morir a aquel hombre de un síncope en su

celda que llevarlo a la silla eléctrica. Pero las cuestiones legales y reglamentarias que hubiese planteado la prematura muerte de Morgan habrían sido tan enojosas, que ambos se decidieron casi a la vez. Golpearon la puerta.

—Abre, Jack. ¡Abre y llama a la guardia!

El vigilante del exterior no se decidió, tanto más cuanto, a lo lejos, se oía el batir de las puertas al ser atravesadas por alguien. Un minuto más tarde el gobernador de

Sing-Sing,

ligeramente pálido y con la corbata desanudada, aparecía al otro extremo del pasillo.

Jack abrió la puerta, y puso automáticamente la mano sobre su revólver. Jukall, desde dentro, miró al gobernador, que se había detenido en el umbral.

—Este hombre acaba de sufrir un síncope, señor. Un síncope gravísimo. Yo le ruego, en nombre de la humanidad, que se me permita trasladarlo a la enfermería o a cualquier lugar donde pueda prestársele un auxilio eficaz. De lo contrario, morirá en la celda.

El gobernador señaló la puerta.

—Lo haré bajo su responsabilidad. Trasladen a este hombre a la enfermería del fondo del pasillo, sin salir para nada del recinto de los condenados a muerte. Usted, Jack, junto con dos celadores más, montará guardia en la puerta.

Sus órdenes fueron inmediatamente obedecidas. Jackie Morgan fue levantado en vilo por el doctor Jukall y uno de los celadores, y sacado al exterior. Jack, antes de cerrar, amenazó ostensiblemente con su revólver cargado a Tedell Martins, que se había puesto en pie y contemplaba la escena con ojos recelosos. Detrás de aquel revólver, Jack, de noventa kilos de peso y un metro ochenta de estatura, miró al condenado con ojos bovinos y maliciosos, donde se leía una chispa de desprecio. Había matado a dos fugitivos de Sing-Sing

y solía pasear entre los condenados mostrando su culata y las dos muescas impresas en ella.

Cerró la puerta con un seco golpetazo, asegurándola, y siguió al grupo hacia el otro lado del pasillo. Tedell Martins quedó solo.

La enfermería era en realidad una pequeña habitación, parecida a una celda, donde había una mesa plegable y varios frasquitos con

tónicos. No tenía más salida ni más entrada que una única puerta y era, bajo todos los conceptos, tan segura como cualquiera de las celdas contiguas. Antes de que penetrasen en ella, el detector de metales sonó.

—Su maletín, doctor Jukall —indicó uno de los guardianes.

—Ya me lo registraron al entrar. Contiene aparatos de reconocimiento e instrumental para cirugía menor. Ábralo.

El celador así lo hizo, a pesar de que aquélla era la segunda vez que realizaba la misma operación. Lo abrió y lo volvió a cerrar rápidamente.

Entraron. Jackie Morgan fue colocado como un fardo encima de la mesa.

—Necesitaré una mascarilla de oxígeno, probablemente. Y unas gotas de licor, para cuando le haya aplicado la inyección de cafeína.

El gobernador se puso junto a Jukall, mirando atentamente al condenado. Estaba blanco como el papel, y no movía un músculo. El médico abrió nerviosamente el maletín.

—Aire. Aire es lo que necesita. No se aglomeren a su alrededor.

Extrajo las manos del maletín, y algo brilló en, ellas. Pero no era un bisturí, un cardioscopio ni la cajita de las jeringas. Era algo achatado, pequeño, que brillaba con reflejos siniestros. Era un cuidado instrumento de cuyos efectos suelen entender los médicos, y tenía una culata y un cañón.

El gobernador de

Sing-Sing

sintió en su espalda la presión aguda de aquella boca de fuego. Antes de que pudiera lanzar una exclamación, el doctor Jukall habló con voz fría e inflexible, que no parecía la misma:

—Permanezca quieto junto a mí, o le asaré a balazos la espalda. No tiene nada que perder si me obedece. Ustedes, arrojen las armas.

Los tres celadores que se hallaban en la habitación, desenfundaron instintivamente sus revólveres; pero se adivinó en su expresión consternada que no iban a hacer fuego. Miraban como hipnotizados al gobernador de

Sing-Sing

y a aquel hombre alto y de facciones duras cuya expresión había cambiado en fracciones de segundo. Jackie Morgan, temblando visiblemente de excitación, pues sabía que si uno solo de los

guardianes era un hombre decidido le volaría la tapa de los sesos, se incorporó en la mesa. Sus ojos sanguinolentos, donde se leía una expresión de alegría satánica, contemplaron la escena.

Introdujo la mano bajo el forro del maletín, sin encontrar ninguna otra arma.

—No traje más que una, Morgan —manifestó Jukall—. Bastante peligroso ha sido. Pero estos amigos te prestarán, con mucho gusto, sus revólveres de reglamento.

Empujó al gobernador con el cañón de su arma.

—Vamos. ¿No ha oído lo que acabo de decir?

El amenazado se estremeció violentamente.

—Ninguno de los dos saldrá vivo de aquí —masculló—. Ésta es mi respuesta.

—Usted nos servirá de alfombra, si uno de los dos caemos, amigo. Ordene a sus hombres que suelten las armas y que levanten los brazos.

El gobernador movió enérgicamente la cabeza, negando. Pero en aquel momento Jack, que se preciaba de ser un hombre sereno, intervino:

—Faltan docenas de puertas para llegar a la salida, señor. No tome ahora ninguna decisión desesperada.

La pistola de Jukall, aunque pequeña y achatada, fabricada seguramente para disparar bolas no superiores a seis milímetros de calibre, habría bastado, no obstante, para deshacer la columna vertebral del gobernador de

Sing-Sing.

Éste lo sabía, y una sensación de frío recorrió su espalda ante la inminencia del peligro.

—Bien. Suelten las armas.

Los revólveres cayeron al suelo. Jackie Morgan se abalanzó sobre uno de ellos, y lo empuñó nerviosamente. Sus ojos parecieron buscar una víctima.

—Abre tú la puerta, Morgan, y deja que salga yo primero.

Con voz fría, donde se traslucía la más firme decisión, susurró al oído del gobernador:

—Vamos a salir. Todos juntos. ¿Cuántas veces ha visto usted la procesión de los condenados a muerte? Pues será algo parecido. Usted ordenará que abran las puertas, y que nadie dispare. Aunque

me atravesasen la nuca por la espalda, el simple movimiento reflejo de mi dedo me haría apretar el gatillo. Y tengo el cañón apoyado en su espinazo, honorable gobernador. De vez en cuando apretaré, para recordárselo. Quiero salir de aquí vivo y acompañado de Jackie Morgan; si usted no plantea ninguna dificultad, vivirá también esta noche. De lo contrario, le sustituirán mañana por importantes motivos de salud. Ya me ha oído. Ahora, camine.

Le empujó con su cuerpo. Jackie Morgan abrió la puerta, y les dejó el paso libre. Salieron. Primero el gobernador y con él Jukall, que iba materialmente pegado a su cuerpo. Después los tres celadores. Por último, con un revólver en cada mano, Jackie Morgan, el condenado a muerte.

—Hable a los guardianes —ordenó Jukall, en voz baja.

El gobernador sintió que sus rodillas vacilaban aunque no por miedo. Aquella situación, en que jamás soñó verse envuelto, y que le parecía trágica y al mismo tiempo espantosamente ridícula, le deshacía los nervios. Vaciló unos instantes, al ver que el guardián de la puerta inmediatamente desenfundaba su revólver. Pero obedeció, al fin, con voz, vacilante.

—Vamos a salir —anunció—. Nadie disparará sin una orden mía. Todas las puertas quedarán abiertas a nuestro paso.

El vigilante, pálido como un muerto, movió una palanca, y empezó a funcionar el mecanismo que movía las rejas. Junto a ellas, el detector de metales sonó insistentemente, dando una alarma tardía e inútil.

Caminaron lentamente. Todos tenían los nervios tensos, y a todos les dominaba la sensación de que aquello iba a acabar de un momento a otro. Morgan, que iba el último, esperaba la bala que terminase con él. El gobernador moriría también, pues el dedo de Jukall se cerraría sin, compasión al primer disparo; pero a él, Morgan, de nada le serviría ya.

El gobernador pensaba, al caminar, que aquel mecanismo perfecto que era

Sing-Sing,

había fallado por primera vez en su historia. Y esto le crispaba los nervios. En el momento en que se abría la segunda puerta, volvió levemente la cabeza hacia el sargento que la custodiaba.

—Pettersen.

—Or... ordene, señor.

—Se encargará usted de decir al intendente que mañana se adquieran dos series completas de instrumental de urgencia. Se conservarán en el Departamento de los condenados a muerte. De ahora en adelante, todo el que entre allí, lo hará con las manos vacías.

—Bien, señor.

—No de la alarma, Petterson.

Siguieron caminando, más lentamente cada vez. El gobernador retardaba voluntariamente el paso, y Jukall tenía que empujarle a intervalos con pequeños golpes del cañón de su pistola. Al fondo de un corredor, tras la última puerta enrejada, vieron la luz morada de la noche. Tres policías con fusiles ametralladores montados, estaban ya aguardándoles al otro lado.

La alarma, silenciosamente, como el paso de un reptil, se había extendido por todos los rincones del inmenso presidio de Sing-Sing.

Se detuvieron ante la reja. Los tres agentes les apuntaban, alzando sus fusiles; Jukall se fijó en los ojos de uno de ellos, que despedían un brillo inquietante. Comprendió que aquel hombre estaba dispuesto a disparar.

—Dígales que bajen esas armas —bisbiseó.

El gobernador vaciló, mientras entreabría ligeramente los brazos, como si estuviera ante Jukall y quisiese convencerle.

—Jukall, o como se llame, no tengo nada contra usted. Acaba de cometer un acto gravísimo, intentando facilitar la evasión de un condenado a muerte; pero, si ahora se entrega, yo me encargaré de proporcionarle alguna prueba que haga más leve su castigo. Piénselo bien, porque es la última oportunidad que pienso darle. Mi vida es lo único que le ampara y la vida me importa muy poco. Sólo quiero que me entregue a Morgan, para poder cumplir la sentencia. Incluso... incluso puedo hacer que se fugue usted...

—¿Qué dice?

—Digo que le daré ocasión de fugarse esta misma noche, si se entrega ahora y deja de una vez esta absurda comedia. Le doy mi palabra de honor.

Su voz era firme, y se advertía claramente que acababa de hacer su última oferta.

—Se cree dueño de la situación, ¿eh?

La voz de Jukall, burlona, fue acompañada por un suave movimiento de su pistola, que acarició la espalda del gobernador, de arriba abajo.

—Vamos, emplee en dar órdenes la poca saliva que le queda.

El gobernador se encogió de hombros. Tenía tantos triunfos en su mano, que decidió no adoptar aún la decisión extrema.

—Abran esa puerta. No disparen sin una orden mía.

Salieron al patio central de la prisión. Los focos estaban encendidos y les enmarcaron al aparecer. Bajo la intensísima luz, los cabellos de todos los hombres que componían la pequeña comitiva, aparecían completamente blancos.

El gobernador, Jukall, los tres guardianes, Jackie Morgan, fueron enfocados en el patio central de Sing-Sing

como las *vedettes* de una inusitada y trágica revista, Caminaban lentamente, y la tensión a que sus nervios estaban sometidos, se transmitía a los de todos los espectadores como una misteriosa fuerza. Las ametralladoras de las torres les iban siguiendo paso a paso, con las cintas colocadas y los cerrojos montados.

Un disparo, una orden que lograrse influir en los vacilantes espíritus de los que contemplaban aquella escena, y la pequeña comitiva sería materialmente barrida del suelo por miles de balazos.

Pero nadie se atrevió a dar esa orden; nadie, ni el gobernador, cuyas piernas vacilaban visiblemente. De repente, en el silencio angustioso del patio, se oyó el chasquido de un fusil al ser cargado. Pat Jiffarson, el mejor tirador de Sing-Sing,

lo alzó a la altura de sus ojos, y en el punto de mira quedó recortada la cabeza de Jukall. Pat jamás había errado un tiro y tampoco erraría éste. Fue el verdugo de veintisiete japoneses en Guadalcanal, a los que había matado en sus propias trincheras y de noche, a un kilómetro de distancia, desde lo alto de un cocotero. Su dedo se cerró sobre el gatillo, lentamente. Saltaría el cráneo de Jukall, y en fracciones de segundo el gobernador de Sing-Sing

habría quedado libre. Pero el pensamiento de que tal vez, por un simple movimiento reflejo, Jukall lograrse apretar el gatillo, le hizo

vacilar. Uno de sus compañeros le puso la mano sobre el cerrojo, mirándole.

—El gobernador dirá lo que tenemos que hacer, Jiffarson. No te precipites.

En aquel momento llegaron junto a la puerta. La guardia, colocada en hilera, les veía avanzar. Fueron quince bocas de fuego empuñadas por manos firmes, las que de repente recibieron la luz de los focos. El gobernador las vio frente a sí, como una barrera mágica que había de salvarle. Se sintió otra vez dueño de sus nervios.

—La última oportunidad, Jukall. Entréguese a Morgan, o dentro de una semana habrá visitado usted también la silla eléctrica.

La voz del médico sonó nerviosa y repentina, denotando que éste había perdido casi por completo el dominio de sí mismo. Pero no fueron las palabras que el gobernador esperaba, las que brotaron de sus labios.

—No me he embarcado en esta aventura para dejarle ahora, corazón. De modo que camine sin vacilar y sin intentar ninguna jugada, porque al menor movimiento sospechoso le dejo tendido.

La voz del gobernador sonó entonces recia y solemne, llenando los ámbitos del patio. Comprendió que había perdido la última oportunidad para resolver aquella situación, y que sólo le quedaba cumplir con su deber. No había la menor vacilación en su acento cuando, de forma imperiosa, ordenó:

—¡Fuego! ¡Tirad a matar contra los dos! ¡Es una orden! ¡Fuego!



— ¡Disparad! ¡Es una orden! ¡Disparad!

3 1071

Sabía que aquellas palabras equivalían a una sentencia de muerte, y a decir verdad nunca creyó que le dejaran tiempo suficiente para terminarlas. Pero la indecisión de Jukall, que no se atrevió a atravesarle hasta que sonase el primer disparo, le salvó la vida. Y también la indecisión de todos los hombres, que en aquel

momento le espiaban desde cualquier ángulo del patio de Sing-Sing.

La orden no fue cumplida. Nadie se atrevió a usar de las palabras desesperadas de aquel hombre, cuando en todos anidaba la convicción de que la vida de los dos fugitivos no valía su sacrificio. Y por primera vez una orden del gobernador fue desobedecida en el propio recinto de

Sing-Sing,

donde sus palabras eran ley. Por primera vez también, dos hombres lograrían fugarse por la puerta principal, y con la guardia formada.

Jackie Morgan, que iba el último, sentía como si todos los cañones de las ametralladoras de las torres presionasen en su espalda. Apuntaba a Jack, que iba ante él, el guardián que había acabado con dos fugitivos, y que le resultaba inmensamente odioso. «Si alguien obedece la orden del gobernador, lo liquidaré», pensó. Y durante algunos segundos, esto le alentó. Al llegar junto a la puerta, oyó como Jukall, más dueño de sus nervios, conminaba:

—Dé una nueva orden. Quiero que abran esa puerta.

El gobernador calló, con la cabeza abatida entre los hombros. Jukall comprendió entonces que no arrancaría una palabra más de aquel hombre.

Se habían detenido.

—Abrid la puerta —ordenó a los guardianes, con voz firme—. De lo contrario, mataré al gobernador delante de vosotros.

Los guardianes se miraron; la vacilación se advertía en sus rostros, y en la inseguridad con que empuñaban sus fusiles. Jukall insistió:

—Será mejor que abráis la puerta.

Su voz había sido extrañamente suave, como si diese un consejo amigable. Uno de los guardianes, sin dejar de mirarle, soltó la gran aldaba que unía las dos hojas.

—Vamos, empujad.

Dos policías por lado hicieron mover las gigantescas puertas. Al separarse éstas, una constelación de luces hirió los ojos de los fugitivos. Las villas de recreo situadas junto al acueducto de Croton, cerca de donde se hallaba edificado

Sing-Sing,

brillaban esa noche como luciérnagas colgadas en el vacío. La

sensación de libertad ahora tan al alcance de su mano, produjo en Jackie Morgan un paroxismo nervioso.

Mientras avanzaban, empezó a temblar.

Pasaron ante los fusiles de los guardianes, que seguían apuntándoles. El cañón de uno de ellos casi rozó la mejilla de Jukall. La escena parecía irreal.

El automóvil en que el médico había llegado hasta allí, estaba detenido en el pequeño aparcamiento contiguo a las puertas. Mientras Jukall pasaba a la parte posterior, con la pistola colocada aún sobre la espalda de su prisionero, Morgan ocupaba el lugar del conductor y arrancaba violentamente.

Pero en el momento en que el automóvil tomaba la curva para enfilarse por la carretera, hizo dos disparos. El primero hirió en la rótula a uno de los guardianes. El otro atravesó el corazón de Jack, que tenía la mano derecha apoyada sobre la pistolera donde, desde cuatro años atrás, llevaba un revólver señalado con dos muescas.

CAPÍTULO III

EL SONRIENTE JARVIS LAMBERT

Federal Bureau Investigation, 11 noche.

«*Samarkand*

Night's»,

12.45.

—Y ya sabe usted, inspector, que hay una orden firmada según la cual, Tedell Martins debe sentarse en la silla eléctrica a las cinco en punto de la madrugada.

El que había hablado se movió en la penumbra. Había rogado que apartasen la lámpara de la mesa como si le irritase verse a sí mismo. Se adivinaban sus manos en el borde del mueble, temblorosas y muy blancas, como si no tuviesen sangre. El inspector Danvers, jefe de una de las secciones del

F. B. I.,

le miró con lástima.

El gobernador de

Sing-Sing

se puso en pie, al otro lado de la mesa.

—Comprenda mi situación —siguió diciendo—. Yo no estoy escondido, como una tortuga, tras mi costra de funcionario: yo soy un hombre. Al salir de aquí redactaré un escrito de dimisión, pero no es posible que surta efecto sino después de un estudio que durará varias semanas. Y entre tanto, yo seguiré siendo gobernador de Sing-Sing,

y tendré que dar una orden cada vez que un hombre haya de sentarse en la silla eléctrica. Esta madrugada, dentro de seis horas, tendré que matar a un hombre que es inocente.

—La indiferencia de Morgan, que sólo se preocupó de sí mismo, así parece demostrarlo —corroboró Danvers—. Si hubiesen sido cómplices, habría intentado que se salvase también.

—Ciertamente, su odio no era fingido. Dos cómplices no guardan en su última noche el furibundo desprecio que ambos se demostraban. Sobre todo Martins, que era quien se había visto envuelto en la jugada maquinada por el otro. Mi convicción moral acerca de su inocencia, es tan absoluta, que por eso he venido aquí.

—¿Y qué quiere que yo haga?

—Capturar a Jackie Morgan y su cómplice, antes de las cinco de la madrugada.

Danvers se encogió en su asiento, con un ademán de asombro no exento de cierta burla.

—Nueva York, si es que están en Nueva York, tiene ocho millones de habitantes, mi honorable amigo.

—Lo sé. Y sé también que no conseguiremos nada, pero de este modo consigo tranquilizar mi conciencia de hombre. Sostuve una conferencia con el gobernador del Estado apenas los fugitivos me soltaron, en Riverside Drive. Habían matado a un hombre al salir de Sing-Sing,

y mis guardianes no se atrevieron a disparar, como era su obligación, para no coserme a balazos. Pues bien, la muerte de ese hombre, la increíble fuga de Morgan, el deshonor en que yo he quedado, todo esto en vísperas de la campaña electoral, es demasiado, en opinión del gobernador del Estado, para ser clemente ahora. Quiere que se haga justicia, y además, justicia implacable. Tedell Martins debe ser ejecutado al amanecer, y la opinión pública quedará más calmada con ello. En cuanto a Jackie Morgan y su cómplice, dimitirá si no son capturados antes de una semana. Tales han sido sus últimas órdenes, que no piensa revocar.

—Y que no solucionan nuestro caso, desde luego —apuntó Danvers—. Comprendo la actitud del gobernador, ya que indultar a Tedell Martins sin más prueba que el desamparo en que le han dejado sus supuestos cómplices, y en estas circunstancias, sería lamentable, políticamente hablando.

El gobernador de

Sing-Sing

respiró fuerte, como si para repetir la extraordinaria petición que ya

había formulado, necesitase tomar aliento:

—Como delincuente reclamado en varios Estados, Jackie Morgan puede ser seguido por el F.B.I. Dispone usted de algunos agentes realmente excepcionales, capaces de cualquier proeza. Y yo voy a pedirle esto: ordene que uno de ellos salga en persecución de Jackie Morgan. Su misión empezará ahora, y terminará a las cinco de la madrugada. Además, si Morgan es capturado, será preciso hacerle hablar. Cuando huyó, hacia las diez de la noche, quedaban justamente a Tedell Martins siete horas de vida. Ahora... —miró pensativamente su reloj de oro— le quedan seis, escasamente. ¿Puede un fugitivo ser capturado en Nueva York, en menos de seis horas?

—No.

La voz de Danvers había sonado firme, convencida.

—Perfectamente, señor.

El gobernador de

Sing-Sing

se levantó penosamente.

—No obstante, no he querido decir que deba dejar de intentarse —aclaró Danvers—. Siéntese y tendrá ocasión de conocer a un tipo realmente extraordinario.

Oprimió un botón, y a los pocos segundos apareció la secretaria que hacía el turno de noche.

—Jarvis Lambert —dijo. Y explicó, cuando la joven hubo desaparecido—: Acaba de llegar de una misión en Corea, y mi intención era dejarle descansar. Pero esta noche está aquí, y es el único hombre capaz de intentar una proeza semejante. Tiene un brillantísimo historial de misiones en el Lejano Oriente. Le llaman «el sonriente Jarvis».

—Roy también es muy bueno —insinuó el gobernador, débilmente.

—Pero no está en Nueva York. Y, además, Jarvis es, ¿cómo diríamos?... más expeditivo.

Dejaron de hablar en aquel momento, porque unos pasos lentos y pesados, como los de un «robot», se acercaban a la puerta. Ésta se abrió después de unos discretos golpes, y la impresión de un monstruo mecánico, inmenso, macizo, se hizo abrumadora y patente para los dos hombres.

Jarvis Lambert entró. Pero no sonreía. En sus facciones correctas y firmes, no podía leerse la menor expresión, ni de alegría ni de fastidio por aquella misión inesperada. Su cuerpo atlético, de unos cien kilos de peso y sin un átomo de grasa, tenía una corpulencia de campeón mundial.

Recordaba sin querer a la de Primo Camera, uno de los hombres mejor dotados físicamente que han existido. Pero lo que más llamaba la atención en él eran sus manos, unas manos anchas, nudosas, que causaban escalofríos. Se acercó a la mesa y se detuvo frente a los dos hombres.

—No ha sonreído usted en su vida, Lambert, y a eso debe el apodo con que le conocemos aquí —empezó el inspector Danvers—. Pero aún sonreirá menos cuando conozca la misión que me veo forzado a encomendarle. ¿Ha oído usted hablar de Jackie Morgan?

—Al regresar de Seúl, donde, como sabe, estuve oculto un mes con una radio de campaña, lo primero que hice fue leer todas las informaciones publicadas sobre el proceso.

—Pues bien, Jackie Morgan ha conseguido escapar, cuando faltaban siete horas para que se cumpliese en él la sentencia de muerte.

Brillaron de un modo extraño los ojos de Jarvis Lambert.

—Lo lamento, señor. Siempre he creído que debían ser más severas las prisiones del Estado.

—Tedell Martins, condenado como cómplice de Morgan, y al que éste abandonó en su huida, es posible sea inocente. Muy posible. Pero la orden de ejecución no ha sido ni será revocada y debe cumplirse a las cinco en punto de esta madrugada, dentro de breves horas. Necesito que usted capture antes a Jackie Morgan, y que le haga confesar.

Estudió la reacción que en Jarvis Lambert había producido aquella sorprendente orden, pero tuvo que confesar que en las facciones de su subordinado no se había movido un solo músculo.

—¿Qué dice usted a esto, Jarvis?

—Yo digo siempre lo que usted piensa que debo decir, señor.

—¿Necesita revisar el expediente completo?

—No, señor. Sólo necesito que me devuelvan la «German Luger» que esta noche entregué para la revisión anual.

—Así se hará Jarvis.

—Buenas noches, señor.

Salió dando media vuelta, sin haber posado un solo momento su mirada sobre ninguno de los dos hombres.

Danvers se acodó sobre la mesa, cuando el agente hubo salido.

—Es un tipo casi siniestro, y los criminales le temen. Nunca habla, nunca expone sus planes ni tiene amigos. Enemigos tampoco, que sepa yo, a excepción de las dos docenas de delincuentes que lleva ya capturados. Suele pedir arriesgadas misiones especiales con alguna frecuencia, y siempre las resuelve con éxito. Pero cuando regresa parece abatido, como si el triunfo nada le importase.

—En efecto, Danvers, esa mirada vacía, esa expresión indiferente...

—Un ladrón mató a su mujer hace cuatro años, amigo mío. La mantuvo con la cabeza sumergida hasta que se ahogó, en la bañera.

Cuando Lambert salió a la calle empezaba a lloviznar.

Palpó en su bolsillo la «German Luger», que acababa de rescatar gracias a una orden de Danvers, y se puso a caminar pesadamente. No sabía dónde ir ni por dónde empezar su misión, y de momento se contentaba aspirando el aire frío y dejándose matizar el rostro por la finísima lluvia. En Central Park, completamente vacío, trató de ordenar sus recuerdos y de adoptar un plan. Pero cuando salió de allí y enfiló sus pasos hacia la más próxima estación del «Subway», había arreciado la lluvia, y en cambio su cerebro estaba absolutamente vacío de cualquier inspiración.

Tuvo que confesarse claramente que no sabía cómo comenzar su búsqueda. Y a pesar de que el deseo de atrapar a Morgan le acuciaba en aquellos momentos con una brutal intensidad, tuvo la convicción de que Nueva York sería una madriguera demasiado grande para tratar de buscar en ella, en unas horas.

«Morgan —pensó—, siempre había tenido entre las mujeres un gran éxito. No sería de extrañar que alguna de sus antiguas amistades le hubiese proporcionado refugio, Morgan no cometería la imprudencia de intentar salir de Nueva York en la misma noche, sabiendo que el río, las carreteras y en especial los aeropuertos estarían bloqueados. Quizá más tarde, cuando la policía se hartase de buscar...». Pensando en esto, procuró recordar los nombres de las mujeres que habían estado unidas alguna vez a las historias escandalosas de Morgan. Su memoria le trajo uno de ellos: Kitty

Feldens, actriz. Se encaminó hacia su casa.

Jarvis poseía una memoria prodigiosa, y ni los nombres y las direcciones, ni las fechas, leídos o escuchados una vez, se le olvidaban nunca. A la memoria debía sus mayores éxitos y, ante todo, su ingreso en el F.B.I... donde se le reconocieron facultades prodigiosas en una época en que eran necesarios agentes jóvenes y decididos, a pesar de que Jarvis Lambert no pudo presentar garantías especiales de honorabilidad. Había sido un químico que vivía una vida tranquila y retirada hasta que...

El «subway» le dejó al otro lado del río, en Jersey City.

Recordaba perfectamente la dirección habitual de Kitty Feldens, en una equívoca pensión de gente de teatro. Era una casa de tres pisos, algo apartada. Cuando llegó a ella, la lluvia volvía a ser impalpable. Tres actores de mediana categoría jugaban en el vestíbulo.

—¿Busca a Kitty? Ha llegado tarde, amigo. Se ha acostado ya, y además, hace tres meses que esta contratada por Gorhan, y no se deja invitar por cualquiera.

Jarvis mostró su placa de agente federal.

—No me importa saber si Kitty es fea o guapa, o si los negocios marchan bien para ella. Sólo quiero enterarme de si tiene boca para hablar.

Uno de los artistas le mostró unas escaleras de madera, cubiertas por una desgastada alfombra.

—Vive en la séptima habitación del tercer piso. La mejor de la casa.

Jarvis Lambert subió pesadamente, pero con una pesadez premeditada, como la del león que se acerca a su presa. El tercer piso, que tenía las paredes bien pintadas y los suelos con mullidas alfombras, debía servir de residencia a aquellos pensionistas que gozaban de buenos contratos. Jarvis Lambert llamó en la habitación número 7, fuertemente y con insistencia para que Kitty comprendiese que no se trataba de uno de los actores de la pensión.

Le abrió una joven rubia, alta que resultaba diminuta al lado del agente. Vestía una bata de seda azul, puesta precipitadamente, y Jarvis tuvo que admirar, aun en contra de su voluntad, la forma torneada de sus hombros y la ternura del cuello. Pero fue solo un momento. Mostró sin más preámbulos su placa.

—Necesito saber dónde está Jackie Morgan —dijo.

—¿Jack... Jackie Morgan?

—Ha escapado de

Sing-Sing

esta noche. Sé perfectamente que puede estar aquí.

Por los ojos de la muchacha pasó un rayo de triunfo.

Jarvis Lambert posó en ella sus ojos duros y fríos, y se cerraron instintivamente sus dedos. Volvió a admirar la hermosa cabellera rubia de la joven, sus hombros y la piel de sus brazos. Pero aquella luz triunfal le hizo comprender que para Kitty era una burda noticia la de la fuga de Morgan. Repentinamente, le pareció despreciable.

—Déjeme entrar —ordenó, apartándola suavemente.

La habitación era pequeña, y estaba amueblada con gusto.

Jarvis paseó su mirada por encima de los objetos, indiferentemente, como si estuviese convencido de que nada había de hallar allí. En realidad, observando la expresión de la muchacha, había adivinado ya que ésta no sabía dónde se encontraba Jackie Morgan.

—Mañana leerá los periódicos —indicó, por toda despedida.

Salió de nuevo a la calle, y se encaminó hacia la próxima estación del «subway». Jarvis nunca empleaba coches en sus persecuciones, y trabajaba siempre completamente solo; ésta era otra de sus características. El «subway» lo devolvió a Brooklyn. Al descender del vagón, tenía ya una idea clara de cómo actuar. Visitaría a Dorothy Fulton.

Ésta vivía en una pensión flanqueada por dos casas de vecindad. El edificio parecía encajonado entre ellas, y más estrecho de lo que era en realidad. Una lámpara de globo lucía ante su puerta.

Subió, y fue mirando las tarjetas de las puertas. No encontró a nadie en su camino, a pesar de que desde algunas habitaciones transcendían palabras y risas. En la de Dorothy, que estaba cerrada con llave, se puso a manipular. La pequeñísima ganzúa de que disponía, le facilitó la entrada en unos minutos. Pudo ver entonces que la habitación estaba vacía, y que las ropas del lecho se hallaban desordenadas. En el suelo, a causa de la lluvia, se veían las huellas húmedas de alguien que hubiese entrado muy recientemente.

Jarvis Lambert suspiró. Estaba en el buen camino.

Sin pérdida de tiempo cerró la puerta, se agachó, y se puso a

examinar las huellas. Eran, por lo menos, dos personas, una de ellas mujer. Abrió la puerta, y comprobó que las huellas se perdían en el pasillo, cada vez más débiles. Volvió a entrar en la habitación, y registró con rapidez el armario. Estaba casi completamente vacío, señal evidente de que Dorothy había huido.

Bajó el lecho, arrugado y formando una pelota, encontró el uniforme penitenciario de Jackie Morgan. Sus ojos brillaron mientras lo palpaba suavemente, en una especie de siniestra caricia.

Buscó en la habitación algún indicio que le ayudase a seguir a los fugitivos. En cierto modo, no dejaba de reconocer que estaba como en el primer minuto de aquella investigación desesperada. Halló bajo el armario, después de palpar a gatas las baldosas, una cajita de cerillas de material plástico, estrujada y vacía, como las que regalan en algunos restaurantes y *night clubs* de cierta categoría, cuando el cliente pide lumbre. Llevaba una gran «C» en la tapa. Jarvis pensó, con ojos febriles, que aquella cajita estaba en la habitación desde pocas horas antes, ya que seguramente la limpiaban por la tarde, cuando Dorothy, bailarina y amiga de toda clase de espectáculos nocturnos, se levantaba de dormir. Incorporándose, revisó en el listín telefónico todos los lugares de diversión cuyo nombre empezase por «C». Sólo en la clase y categoría que le interesaban, eran ya más de dieciocho.

Tomó el auricular, y pidió comunicación con el inspector Danvers.

—Jackie Morgan ha estado hace poco en la calle 35 Oeste de Brooklyn, «Pensión Pickert». Envíe aquí a dos hombres, buenos tiradores, por si se le ocurre volver.

—No volverá, Jarvis.

—Yo hago lo que me enseñaron cuando era novato. Habitación por donde un culpable ha pasado hay que custodiarla.

Colgó el aparato, y salió de la habitación.

En las escaleras, un hombre viejo, con aspecto meridional, pasaba una ancha escoba sobre los peldaños. Aquello hizo que el agente mirase su reloj, con temor. Eran las 11.55 de la noche.

Abrochándose el impermeable hasta el cuello, pues la lluvia volvía ahora a arreciar, caminó con pasos rápidos y elásticos a lo largo de la calle. Al final de ésta brillaban las luces azules del «Champion», un cabaret francés de mediana categoría. Entró y pidió

un coñac, acodándose en la barra. Cuando lo hubo bebido, extrajo de su pitillera un cigarrillo, y pidió fuego.

Le entregaron una caja de cerillas de cartón adornado con flores, un tanto irritantes y ridículas.

Un autobús le dejó, dos paradas más allá, junto al «Cuba», de ambiente tropical y precios elevadísimos. Repitió la misma operación y le dieron una caja de cerillas digna de ser conservada, detallada en madera fina.

En el «Cirus», al que acudió en tercer lugar, no le entregaron ninguna caja, limitándose a ponerle en las manos un encendedor gigante.

Eran las 12.15 cuando se encaminó al «Samarkand Night's»,

cuyo dueño, antiguo contrabandista de licor, se llamaba Craver.

Un ambiente refinado y grato le recibió a él, que llevaba el impermeable empapado, tenía las manos cerradas nerviosamente, y los ojos empequeñecidos por la irritación. Sin hacer caso del gesto obsequioso de la encargada del guardarropa, se acodó sobre la barra.

—*Whisky* solo —pidió.

Lo bebió de un sorbo y, extrayendo un nuevo cigarrillo, pidió fuego por cuarta vez. Le entregaron una cajita de material plástico exactamente igual a la que conservaba en el bolsillo, con una enorme «C», sin duda inicial de Craver, en la tapa.

—Quiero ver al dueño —pidió—. Es importante.

El *barman* empleó un teléfono interior, y momentos después volvió junto a Jarvis.

—Puede usted ver al gerente cuando guste.

—He preguntado por el dueño, amigo, por Craver, pero será mejor que venga el gerente también.

El *barman*, un tanto sorprendido, volvió a emplear el teléfono.

—Suba usted —dijo al cabo de unos instantes—. Primer piso.

Cuando Jarvis entró en el despacho de la dirección, al que se llegaba tras atravesar un largo pasillo sumido en penumbra, le aguardaban ya dos hombres. Uno alto, flexible, bien vestido, de expresión astuta. Otro, Craver, al que ya conocía, bajo rechoncho, con ojos bovinos que normalmente parecían inexpresivos pero que ahora despedían un brillo de inquietud. Jarvis Lambert mostró su

insignia, arrojando sobre la mesa la cajita de cerillas.

—¿Cuántas cajitas como ésta han regalado a partir de las diez de la noche?

Los dos hombres se miraron, como si no comprendieran.

—Podemos comprobarlo fácilmente... —dijo al fin, Carver.

Llamó por el teléfono interior al encargado de la barra, y se lo preguntó. Luego, se volvió hacia Jarvis.

—Solamente cuatro. Cinco tal vez. Pero ¿por qué quiere saberlo?

—Una de ellas fue entregada a Jackie Morgan.

Los ojillos de Craver brillaron. Jarvis comprendió que aquella afirmación había logrado impresionarle.

—Acabo de oír la noticia de su evasión. La radio no habla ya de otra cosa. Pero precisamente por eso no se presentaría aquí.

—La radio, supongo, habrá empezado a dar noticias hace una media hora. Jackie Morgan estuvo aquí, acompañado, bastante antes, y debió hacerlo por alguna causa especial. Quiero que me diga si lo conocía usted.

El gerente levantó el brazo, y protestó con una voz que a Jarvis se le hizo instintivamente antipática.

—Y yo quiero saber si míster Craver debe prepararse para un interrogatorio en regla.

—¡Oh, no, en absoluto! Bastan con que me conteste a lo indicado; quiero saber si conoce especialmente a Jackie Morgan. Luego me marcharé.

Craver se encogió de hombros, mirando a su agente con cierta expresión burlona. Pero Jarvis, a pesar de que se sintió herido por ella, hubiese jurado que era forzada, y que bajo aquella media sonrisa del excontrabandista, se escondía una sorda y profunda inquietud.

—Conozco a Jackie Morgan y a su compinche Tedell Martins, como todos los que leen los periódicos. Los odio como cualquier honrado ciudadano de la Unión que paga sus impuestos.

Jarvis Lambert arqueó los brazos. Su mirada se hizo dura, agresiva, con un brillo primitivo y salvaje. Por unos segundos pareció un gigantesco gorila, detenido ante la mesa.

—Bien, Craver, No tengo más remedio que creerle. Y no volveré a molestarle esta noche.

Salió, dando una brusca media vuelta. Al fondo del pasillo en

penumbra, tras una de las dos pequeñas ventanas abiertas, que debían dar a un patio interior, se recortaba una silueta alta y rígida. Al oír sus pisadas y ver avanzar su maciza figura, la silueta se retiró. Y fue entonces cuando Jarvis Lambert tuvo una de las ideas que le habían hecho famoso, una corazonada que le produjo un vacío en el pecho. Llegó hasta el final del pasillo, que desembocaba en un pequeño *hall*, y comprobó que el hombre que lo vigilaba se había retirado. Entonces, de repente, y con un salto felino que parecía desmentir sus gigantescas proporciones, se sumió de nuevo en la penumbra del corredor, silenciosamente. Se pegó a una pared y estuvo quieto, conteniendo la respiración, durante varios minutos.

Vio salir al gerente de la habitación de Craver. Aquél pasó a su lado tateando una canción de moda, sin verle. Descendió luego a la planta baja, y Jarvis quedó nuevamente solo. Pudo oír entonces cómo Craver cerraba su despacho, con llave, por dentro.

Estaba oculto entre dos columnas, y había que fijarse especialmente en ellas para distinguirlas; tan quieto se mantenía.

Dos minutos más tarde empezó a moverse. Colocó una mano sobre el alféizar de la ventana y sus oídos se aguzaron, captando los menores sonidos que llegaban hasta aquel rincón del «Samarkand's».

La música de la orquestina, lenta y cadenciosa, parecía ahogarlos todos. Entonces colocó un pie sobre el alféizar y su gigantesca figura se recortó en la ventana. Vio luz en la del despacho de Craver, varios pies más allá, aunque calculó que no podría salvarlos de un solo salto. Cautelosamente, procuró evitar el menor ruido, se asió al cable del pararrayos, que pasaba junto a él. Colgándose, extendió todo lo posible la pierna derecha, hasta apoyar el pie en el alféizar de la ventana contigua. Desde allí saltó, arriesgándose temerariamente hasta la del despacho de Craver. Hizo ruido a propósito, con plena conciencia de sus actos. Su figura se recortó en los cristales translúcidos, y sus manos se apoyaron en ellos como dos zarpas de gigante.

En aquel momento, en el interior del despacho sonaron dos detonaciones.

CAPÍTULO IV

«JOHNNY» MILTON ROY

«Samarkand

Night's

», 12.45 noche.

Bowery 1.04 madrugada.

Metropolitan Opera House, 1.55 id.

Jarvis Lambert esperaba algo parecido.

Sus piernas se arquearon cuando oyó el levísimo chasquido del seguro de una pistola. En el momento de los disparos quedó colgando en el vacío, únicamente sujeto con los dedos a uno de los listones de la alzada persianilla. Y a pesar del angustioso instante de peligro, sus facciones se contrajeron con una extraña y rencorosa felicidad, pues comprendió que había dado con el buen camino.

Un segundo después golpeaba con ambas rodillas la ventana, y apoyaba en las hojas de esta toda su voluminosa humanidad. Cedieron con un crujido, mientras sonaba otro disparo.

Craver, sin tiempo para fijar su puntería, se halló de repente con una pistola humeante en la mano y bajo el cuerpo de Jarvis Lambert, que le miraba con ojos de fuego, y cuyos brazos le atenazaban.

Su lucha fue brevísima.

En el momento en que Craver intentaba alzar su pistola nuevamente, Jarvis apoyó el antebrazo en su cuello brutalmente, frotando. Oyó un estertor, y entre los labios de Craver asomó un hilillo de espuma y de sangre. Luego dejó caer su mano abierta, como si aplastase un reptil.

Craver, con un gemido, quedó sin conocimiento.

Jarvis se levantó pesadamente. Parecía haber perdido, de repente, toda su agilidad, y vivir solo por sus ojos, que brillaban siniestramente. No hizo el menor gesto cuando la puerta se abrió, y un hombre con un revólver pesado en las manos, le encañonó fieramente.

—¡Arriba las manos, granuja!

Jarvis Lambert no contestó ni hizo el menor movimiento de obedecer, limitándose a mirar al recién llegado desdeñosamente. Éste avanzó un paso hacia él, y sus dientes rechinaron a causa de la ira.

—¡He dicho arriba las manos, hijo de loba!

Jarvis se estremeció como si le hubiesen dado un trallazo. Su voz, sin embargo, fue fría y cortante:

—Soy un agente del F.B.I. Suelte ese revólver o, hecha esta advertencia, me verá obligado a detenerle.

El interpelado mantuvo su arma en alto y apuntándole, no convencido del todo.

—Ayúdeme a sentar a Craver en su butaca —siguió diciendo Lambert—. Traiga un vaso de agua.

—Yo traeré el vaso de agua. Pero llévele a la butaca usted solo.

Jarvis cargó sobre sus hombros; como un saco vacío, al dueño del «Samarkand», y lo depositó sobre el sillón rotatorio que había ante su mesa. Observó que, mientras llenaba un vaso del depósito de cristal, el guardaespaldas de Craver no dejaba de encañonarle.

Tomando el vaso, arrojó su contenido al rostro del desvanecido. Éste, al contacto del frío líquido, frunció los labios y no tardó en abrir levemente los ojos. Al distinguir a Jarvis Lambert, tuvo un estremecimiento.

Éste le puso una mano sobre la cabeza. En aquel momento, la puerta se abrió violentamente, y apareció en el umbral el gerente con el detective del establecimiento.

—Márchense —ordenó Jarvis, fríamente.

Los dos obedecieron, con una expresión recelosa. Al verlo, el guardaespaldas bajó el cañón de su arma, blanco como el papel.

—Voy a hacerle una pregunta, Craver, y esta vez con carácter decisivo. Si no me contesta, haré que lo pague caro o le trituraré la cabeza, aunque me cueste el cargo. Cuando vio mi silueta en la ventana ¿creyó usted que era Jackie Morgan?

Craver bajó los ojos, sin contestar.

—¿Creyó usted que yo era Jackie Morgan? —Insistió el agente.

—Morgan quiere matarme —confesó Craver, sin levantar los ojos, ni mover la cabeza.

—¿Por eso ha estado aquí esta noche?

—Es posible que no fuese él. Pero sí su amigo el doctor Livett. Bueno... si a Livett se le puede llamar doctor. Es un hombre sin escrúpulos, que practica operaciones prohibidas y cura heridas de bala. Ha trabajado con Morgan algunas veces. Siempre confían el uno en el otro.

Jarvis Lambert experimentó un suave estremecimiento. Diríase que un estremecimiento de placer.

—¿Dónde vive Livett?

—Tiene, o tenía antes, un consultorio detrás de la Ópera. Es todo cuanto sé.

Craver parecía ahora definitivamente derrotado y dispuesto a aclarar su conducta y decir la verdad. Su acento era sincero.

—¿Por qué quiere matarle Morgan?

—Por mí se descubrió uno de sus robos, y estuvo a punto de ser capturado. Eso sólo lo saben en la Metropolitana; he tenido mucho interés en que no se divulgase. Además, yo pretendí casarme con Dorothy Fulton, la estrella de variedades, que es ahora como la prometida oficial de Livett. Éste es muy celoso, y no me lo perdona. Me dijo una vez, durante el proceso de Morgan y Tedell Martins, que si su amigo salía de la cárcel, me matarían entre los dos. He tenido mala suerte mezclándome con esa gente.

—¿Supone que vinieron aquí para cumplir su amenaza?

—Vino Livett solo. Pidió una caja de cerillas para llamar la atención del *barman*. Éste me advirtió por teléfono. Entonces yo tuve la corazonada de que Morgan había logrado fugarse en su última noche. Conecté la radio, y pude escuchar la noticia aislada. A los pocos minutos me telefoneó el mismo *barman* para decir que Livett, que parecía nervioso, había marchado. Comprendí que sólo había querido avisarme, y pensé que a partir de entonces, si ambos lograban huir, mi vida corría peligro. Aunque transcurriese un año, dos años... Mi vida correría peligro.

Hablaba agitadamente, y sus manos se habían crispado sobre los brazos del sillón. Jarvis Lambert comprendió que aquel hombre no

fingía, y que estaba bajo los efectos de un terrible acceso de pavor.

—Al ver una sombra en la ventana, creí que era uno de ellos, e hice fuego. Esto es todo.

—¿Por qué no me dijo lo que sabía, cuando le entregué la cajita de cerillas? La policía le hubiese dado protección.

—La policía no protege —replicó Craver, con voz de convencido—. Lo mejor es no meterse con ella ni con hombres como Jackie Morgan. Yo, en mis tiempos —y su mirada se oscureció un momento, como si se avergonzase ahora de su aspecto fofo, de su vientre—, herí a un enemigo mío, a pesar de que la policía le había prestado también su generosa protección. Pasé ocho años en Alcatraz; él perdió uno de los brazos.

—Entonces mis compañeros no sabían disparar. Hoy todos lo hacen, sin preguntar demasiado.

Descolgó el teléfono, y pidió comunicación con Danvers.

—Estoy sobre una pista —dijo—. Necesitaré una pareja más de sus gusanos. Que sepan disparar y sean capaces de pasar una noche sin cerrar los ojos. «Samarkand Night's».

Colgó el auricular posando sus ojos fríos sobre el rostro de Craver.

—Dos hombres llegarán enseguida. Dos hombres especializados, capaces de hacer blanco a diez pasos sobre un elefante. Ellos le protegerán hasta que Morgan sea ejecutado.

Lo dijo sin vacilar, con extraña convicción.

El último combate de la noche había terminado.

Ezzard Charles se duchaba en los vestuarios bajo la mirada vigilante de su cuidador y la intrigada de Joe Walcott, que esta vez había asistido como espectador a la pelea. El rival de Charles, Graziano contemplaba en aquel momento, en otra habitación no muy alejada, sus cinco puntos de sutura.

El público había desfilado y la inmensa sala del «Madison» estaba ya completamente vacía.

Frente a una de las puertas, un hombrecillo de aspecto ratonil, medianamente vestido, ojillos saltones y cabellos alborotados, explicaba a un grupo, con agitados movimientos de puños, sus impresiones de la pelea. Contaría unos treinta y cinco años, no tenía en aquel momento profesión conocida, y se hacía llamar «Kiwi».

Sus ojillos, de repente, cesaron de rodar por el grupo y se detuvieron más allá, fijándose en la puerta de salida y en el individuo pelirrojo que acababa de aparecer en ella. Era alto, hercúleamente formado y sus movimientos estaban dotados de una flexibilidad casi prodigiosa. No tendría más allá de veintisiete años. Sus ojos azules, pero que despedían un reflejó gris que los hacía temibles, estaban inexpresivos en aquel momento.

Kiwi dejó de hablar cuando estuvo seguro de haberle visto bien, y pasó corriendo a través de los corpachones que componían el grupo.

—«Johnny... Johnny». ¡Milton Roy en persona!

Se abalanzó sobre el pelirrojo, y empezó a palparle con ambas manos.

—¿Dónde estuviste, por mil guantes agujereados? ¿En qué prado de Texas has comido hierba? ¿En qué camerino de Hollywood has maquillado a Ava Gardner? ¿En qué cueva de Utah has robado sus huesos a un perro? ¿En qué teatrillo de Luisiana has vendido goma de mascar, condenado de todos los demonios?

Roy lo levantó con ambos brazos, y lo miró como un tío cariñoso mira a su sobrino que acaba de robarle dos cigarrillos.

—¡Kiwi! Si mal no recuerdo, la última vez que nos vimos juré que te aplastaría contra la fachada del «Madison». ¿Quién te ha pagado la entrada?

Kiwi empezó a forcejear para que lo soltase, pues su postura, suspendido en el aire por los dos hercúleos brazos de Roy, no era muy gallarda. Los del grupo, antes de dispersarse, lanzaron una carcajada.

—Vámonos de aquí, Roy. Todo esto está lleno de gente estúpida. Vámonos a un sitio donde puedas prestarme dinero.

Roy le soltó con una palmadita amistosa.

—¿Ya no eres «manager» de nadie, Kiwi?

—¡Hum! Los que hoy pelean ahí dentro —señaló el gigantesco edificio del «Madison Square Garden»—, son completamente estúpidos. Nada de fuerte pegada, nada de atemorizar al adversario o de poner cara fea, como Tony Galento. Sólo corren por el *ring* y saltan como canguros. ¡Yo conozco siempre el momento en que hay que martillar y dar el tipo! ¿Es qué esto no vale nada? Pero ahora me dicen todos —añadió con cierto tono de amargura— que he

pasado de moda y que mi último alumno, es decir tú, salió de un combate con la cara partida. Eso es lo que me dicen.

Roy sonrió. Tenía una sonrisa franca, alegre, que se hacía contagiosa.

—Fue mi último combate, Kiwi. Ya sabes que desde entonces, cogí miedo.

—Lo que nunca comprenderé, «Johnny», es que te dejases zurrar por aquel pastor de borregos.

Caminaban en dirección a la estación, por donde iba a pasar uno de los últimos elevados de la noche.

—No me dejé zurrar, Kiwi. Me pegó porque valía.

—Bien... podríamos hablar de otra cosa. ¿De dónde vienes ahora? Dímelo, si es que no tienes nada que esconder.

—De Iowa. De recorrer sin descanso ranchos y poblados de Iowa. También he tenido que hacer exhibiciones de fuerza, como me viste hacer en Washington. La gente allí es sencilla y propensa al asombro, de modo que resulta fácil ganarse la vida. Ahora quiero descansar una temporada en Nueva York.

Kiwi se colgó de su brazo, con una luz de esperanza en sus ojillos de ratón.

—Vuelve a pelear, Roy. Tal como están las cosas, serías otra vez campeón del Estado.

—Es que he perdido facultades, Kiwi. No bastan tener fuerza, agilidad; hay que tener corazón también. Y yo a veces pienso que ya sólo tendré miedo para el resto de mi vida.

—¡Bah!

Kiwi escupió a sus pies solemnemente, con desprecio, como había visto hacer a los italianos del mercado.

—Eres un miserable, Roy, a pesar de tus puños y de tu cabellera pelirroja. Pero hasta los más empedernidos miserables disponen a veces de un dólar para su antiguo «manager». ¿Cuántos años estás dispuesto a esperar, si me lo prestas?

Milton Roy, sonriendo con una expresión infantil, le puso cinco dólares en la mano.

—Toma. Ahora tengo dinero. Búscate un alojamiento cómodo para esta noche, y mañana trata de hablar conmigo en el gimnasio Milwer. Conocí al dueño, y si tienes ganas de trabajar, quizá pueda encontrarte allí un empleo.

—¿Milwer? Cuando fue campeón del Torneo del Atlántico, me dijo que llegaría a poseer el título mundial. Y que entonces no lo pondría en juego más que cuando la Federación le obligase. Uno de esos tipos que sólo hace un combate cada diez años, y con su mujer. Pero de todos modos, iré para demostrarle que soy un hombre honrado, «Johnny».

El pelirrojo sonrió.

—Te esperaré. Quiero volver a entrenarme, y voy a necesitar de tus consejos.

Habían llegado a la estación del elevado, que se acercaba a ellos con un temblequeante ruido de andamiaje. A aquella hora, todos los sonidos llegaban agrandados y parecían más potentes. Milton Roy echó una ojeada a su reloj, y luego puso una mano sobre la puntiaguda cabeza de Kiwi.

—En Iowa me pegué con cinco granjeros por turno, uno tras otro, a causa de una apuesta, y me destrozaron las mandíbulas. Ahora necesito dormir.

Dándole una palmada en la espalda, penetré en el tren, cuyas puertas se habían cerrado a los pocos segundos.

Entonces John Milton Roy, exboxeador, exdomador de potros, expocero en las alcantarillas de Nueva York, cerró los ojos en un asiento, y pareció quedar dormido. Su expresión era serena, algo fatigada, ausente. Nadie se fijó especialmente en él, a pesar de su cabello pelirrojo, de sus espaldas de atleta. Ni siquiera las mujeres. Pues había en la expresión de Milton Roy una especie de lejanía que le hacía indiferente a todo. Y, aunque pareciera increíble, logró pasar inadvertido en aquel semivacío vagón del elevado. Por fin, abrió los ojos.

Los paseó a su alrededor lentamente, calmosamente. Se leía en ellos una chispa de inquietud y de color al mismo tiempo. Sus facciones habían cambiado: eran ahora las del agente secreto John Milton Roy, el hombre que más servicios especiales había efectuado en menos tiempo, con la excepción tal vez, de Jarvis Lambert. Sus labios dibujaron una leve sonrisa al pensar en todos los nombres que había usado; pasaban de veinticinco, tantos como profesiones había ejercido durante sus servicios secretos a la Policía Federal. Sólo los que le conocieron durante su época de boxeador, le llamaban Milton Roy, su verdadero nombre. De aquello hacía ya

algún tiempo. Hacía ya algún tiempo que un pastor de Tejas le dejó K.O., después de propinarle el castigo más brutal que un hombre ha soportado entre las cuerdas. Y John Milton Roy, que era ya un agente del F.B.I., se lo dejó propinar con una sonrisa desdeñosa en los labios, pues sabía que en su caso debía retirarse del boxeo sin despertar la menor sospecha. Sus ojos brillaron con cierta nostalgia, al recordarlo.

Estaba triste esta noche. Triste y como un poco cansado de vivir. Se dejaba conducir por el elevado igual que un sueño, por encima de las dormidas calles de Nueva York. Así hasta que llegasen al Bowery.

Le despabiló un aullido de sirena. Dos automóviles pasaron bajo los andamiajes, a toda velocidad. John Milton Roy los siguió con los ojos, hasta que se perdieron de vista.

Iba a ver otra vez a Anna Tedell Martins. Ella no le recordaría ya, seguramente, pero él, en cambio, no podría olvidarla nunca. Sus ojos brillaban extrañamente sobre sus facciones inmóviles. Anna Tedell Martins... La volvería a ver él, un agente del F.B.I. pocas horas antes de que el F.B.I. diese su misión por terminada al acabar los verdugos con los dos prisioneros de Sing-Sing.

Descendió a la entrada del Bowery junto a los «slums». Un silencio impresionante lo envolvía todo. Sólo llegaban a intervalos, los rumores lejanos del Chinatown. Mientras caminaba Milton Roy recordó vívidamente la primera vez que sus ojos encontraron los de Anna. Entonces él iba detenido como camorrista y dos agentes lo arrastraban casi por las calles de Nueva York. Sus facciones estaban sucias. Vio cómo Anna, una mujer elegante, una verdadera modelo del Waldorf, clavaba en él unos ojos compasivos. Y fue tal la fuerza penetrante de aquella mirada que Milton Roy quedó como turbado, a pesar de su experiencia y del cinismo, que ésta había acabado por proporcionarle. La joven volvió a verle a los pocos días, al pasar ella por el corredor del vagón; él iba en el departamento oficial, esposado a la muñeca de un agente. Milton también la vio recibiendo otra vez aquella mirada penetrante. Le trasladaban a Virginia, donde una comisión oficial le había encontrado trabajo, después de cumplir en Nueva York varios días de condena. Anna, al parecer, se dirigía a un vagón situado más allá, que iba a ser

desenganchado en Filadelfia. Apenas media hora más tarde, un camarero negro entró en el departamento con una bandeja bien surtida; había en ella pollo, champaña y un paquete de cigarrillos. Ante el ademán de sorpresa de los dos hombres, aclaró:

—Le obsequia una señora. Dice que le desea buena suerte.

Milton Roy repartió su comida con el agente. Éste ignoró siempre que aquel hombre al que aún debía considerar como detenido, hasta ingresarlo en la institución filantrópica «Reforma por el Trabajo», de Virginia, era uno de los mejores agentes del F.B.I., a quién aquella detención iba a servir para ponerse en contacto con elementos de una importante banda de espionaje. Y Milton Roy no olvidó jamás el gesto de aquella mujer a quién seguramente no volvería a ver. Hasta ahora.

Hizo memoria de todos los sucesos ocurridos desde entonces. Aquella extraña noche, en el teatrillo del Bronx... Karl Lusett actuaba allí. Tenía la sala llena, pues le rodeaba una al parecer indestructible fama de adivino de secretos. Era capaz de decir en voz alta lo que la noche pasada había soñado cada espectador, cuáles eran sus problemas sentimentales, y cuánto dinero ganaría el próximo mes.

En aquella ocasión, el capitán James

O'Bley

ocupaba la butaca cerca de Milton Roy, aunque fingieran no conocerse. De repente, en medio de un experimento, Karl Lusett se volvió hacia el policía y le señaló con el dedo:

—Usted es el capitán

O'Bley.

Salga y corra. En este momento, en el número 2 de Columbas Avenue, se está cometiendo un crimen.

No era nada extraño que Lusett conociera al capitán

O'Bley,

pues éste era un hombre relativamente popular en Nueva York. Pero sí causaba asombro aquella extraordinaria predicción del crimen. Lo cierto es que

O'Bley

salió, seguido por varios espectadores curiosos, y en un «taxi» se dirigió a toda velocidad a Columbus Avenue. Allí, minutos más tarde, detuvo a Tedell Martins, quien llevaba en el bolsillo una

pistola con la que se acababa de matar a cierto contrabandista de drogas llamado Rufus Pió, cuyo cuerpo yacía en el primer piso de la casa. Tras una dramática persecución, fue detenido también Jackie Morgan, que no se hallaba lejos.

John Milton Roy recordó el apasionante suceso. Lusett había adquirido a raíz de aquello una fama de hombre infalible, que llegó a los últimos rincones de la Unión. Todos los periódicos reprodujeron su imagen, la de los procesados y la de Anna Tedell Martins, que hizo una apasionante y conmovedora defensa de su hermano. Milton Roy, a pesar de su corazón de hombre duro y frío, casi asistió a ella con lágrimas en los ojos.

Luego, la sentencia de muerte. Y Roy, acostumbrado a conocer las capas más profundas de la humana naturaleza, comprendió enseguida que Martins era inocente; Jackie Morgan necesitaba desembarazarse de Rufus y escogió una víctima para que cargara con el crimen. Lusett, en connivencia con él, fue el encargado de dar la alarma, para que el muchacho fuese atrapado con las manos en la masa. Pero se adelantó en unos minutos y Jackie Morgan, que no tuvo tiempo de ir demasiado lejos, fue atrapado también. Esto era lo que creía Milton Roy. Pero no había modo de probarlo.

Ahora el

F. B. I.

le había encargado de una nueva y difícil misión. Ella fue la causa de su regreso a Nueva York antes de tiempo. El contrabando de drogas había adquirido una insospechada y peligrosa intensidad en todas las ciudades de los Estados Unidos, especialmente en la costa del Pacífico. Y él debía averiguar si Anna Tedell Martins, cuyo hermano fue sentenciado por asesinar a un contrabandista, lo que indicaba estrechos contactos con ellos, proseguía su labor.

Se detuvo ante una casa sórdida, de miserable aspecto. Aquí vivía ahora Anna, con su madre, después de haber perdido su empleo como modelo. Roy, antes de subir, pensó en lo que se proponía hacer. Y era, sencillamente esto: avisar a Anna. «Si es verdad lo que sospechan de usted, si tiene alguna relación con el tráfico de drogas, apártese ahora. Todavía no tengo nada contra usted ni quiero tenerlo. Está a tiempo, Anna. Seamos amigos. Yo tengo una deuda con usted».

Penetró por la puerta, y subió en silencio las viejas escaleras.

Jarvis Lambert salió nuevamente a la calle cuando eran la 1.05 de la madrugada. La lluvia había cesado, y ahora miles de estrellas brillaban en el firmamento.

Se encaminó hacia un taxi y ordenó que le dejaran en la parte posterior del «Metropolitan Opera House». Sabían más, mucho más que antes, y una especie de siniestro optimismo brillaba en sus facciones.

A la 1.25 llegó a su destino. A Tedell Martins le quedaban ahora exactamente 3 horas y 35 minutos de vida.

Una masa compacta de casas se hallaba tras el célebre teatro. Jarvis Lambert las examinó con las piernas entreabiertas, el busto arqueado, sus potentes brazos rígidos sobre los muslos. En cualquiera de ellas podía hallarse el consultorio de Livett. Por simple precaución se dirigió a un bar que continuaba abierto, y pidió comunicación con la oficina auxiliar de Danvers; en aquellos momentos, todos los miembros de la plantilla estaban aguardando noticias de sus actividades. Oyó una voz ansiosa al otro lado del hilo, que preguntó:

»—¿Jarvis Lambert?

—El mismo. Estoy detrás del «Metropolitan Opera House», sobre una pista. Necesito que consulten el catálogo médico de Nueva York, y me digan si por estos alrededores hay algún médico que se llame Livett.

»—Al instante.

Oyó pasos, ruido de voces. Unos minutos más tarde, la misma persona volvió a hablarle.

»—Ya es usted un personaje famoso, Jarvis. La radio está en constante comunicación con nosotros, pidiendo noticias. Hasta ahora hemos podido mantenerlos a raya, pero se prepara un reportaje monstruo para cuando usted de captura a Jackie Morgan.

Jarvis rió de un modo extraño. Al otro lado del hilo debió oírse su risa silbante y larga.

»—¿Estás optimista, Jarvis?

—Tengo tres horas por delante, y si esta pista no falla, conseguiré buenos resultados.

»—Bien. Ahora me comunican que ningún médico llamado Livett tiene el consultorio en los alrededores de donde usted se halla. Pero si Livett es su verdadero nombre, y tuvo que ver algo

con la justicia hace tiempo, no resultaría demasiado extraño que emplease para el ejercicio de su profesión el nombre de algún colega. Seguiremos buscando.

Hubo unos minutos de silencio y, al fin, la misma voz anunció:

»—Hay un médico llamado Randall en el número 511 de esa misma calle, cerca de donde usted se encuentra ahora. La policía ha estado dos veces en su consultorio, por suponer que había prestado ayuda a “gangsters” heridos. Es posible que sea el que busca.

Las mandíbulas de Lambert se cerraron fuertemente.

—Tal vez.

»—Danvers pregunta si necesita usted ayuda, Jarvis. Tiene cuatro tiradores seleccionados, en espera de sus órdenes.

—De ningún modo. Yo mismo me las entenderé con Jackie Morgan.

Colgó el auricular.

Anduvo rápidamente las dos manzanas que le separaban de la dirección de Randall. Ante la casa, se detuvo con un brusco giro a la derecha, para observarla bien. Era una de las más feas, y probablemente la más antigua de la calle. Una casa de vecindad de pocos pisos, con puerta de cristales. Jarvis Lambert entró en ella.

A pesar de su sagacidad, no sospechaba que pronto iba a encontrarse ante un momento crucial.

Ascendió en silencio, manteniendo rígidos los dedos de sus grandes manos. En el sexto piso, ante la puerta, una placa indicaba: «Dr. *Randall - Damages*».

Estaba seguro de no haber hecho el menor ruido al subir. Pegó ahora su rostro a la puerta, y se dispuso a escuchar atentamente. Concentrando su atención, sus ojos se empequeñecieron hasta semejar dos rayas en el rostro, y sus manos se cerraron fuertemente. Decidió, al fin, que si alguien había en el piso, estaba dormido o muerto.

Con una pequeña ganzúa, que manejó hábilmente durante unos instantes, se franqueó la entrada. Una pequeña salita con viejas butacas de cuero, y grabados representando a médicos en la Edad Clásica, apareció ante sus ojos. Seguía sin escuchar el menor ruido.

Entonces encendió su linterna, de estrecho foco de luz, y pasó a la estancia contigua, tras cerrar poco a poco la puerta. Se trataba de un consultorio con una mesa transformable y vitrinas con

instrumental completo. Nada anormal parecía advertirse allí. Jarvis Lambert se mordió los labios pensando que aquella pista, al fin, podía muy bien resultar completamente inútil.

La tercera habitación era un dormitorio, contiguo a un cuarto de aseo. En el armario había varios trajes de hombre, y en la pared frontera, empotrada, una pequeña caja de caudales. Pasó luego a una diminuta cocina-comedor, y vio desde allí los oscuros patios y las techumbres que formaban el interior de la manzana.

Unos segundos después, y siempre con pisadas cautelosas, había regresado a la sala de la entrada. Intentó pensar en si le era más conveniente jugarlo todo a una carta, y aguardar allí el problemático regreso de Jackie Morgan y sus cómplices, o bien renunciar a la pista y salir a la calle en busca de otra oportunidad.

Durante unos momentos, su indecisión se agudizó tanto, que varias gotas de sudor cálido, un sudor pegajoso y asfixiante, rodaron por su rostro hasta llegar al cuello. Extrajo su «German Luger», como si en ella hubiera de encontrar una solución; en aquel momento oyó pisadas cercanas. Se estremeció.

Eran pasos de más de una persona y sonaban en aquel momento hacia el rellano inferior, aproximadamente. Con un ademán nervioso, echó hacia atrás el cerrojo de la «German Luger», para montarla, sin reparar en que tenía ya una bala en la recámara. Ésta salió silenciosamente antes de ser sustituida por otra y fue a descansar sobre el cuero de uno de los sillones. Jarvis Lambert, crispados todos los músculos de su cuerpo, se acercó a la puerta y siguió escuchando. No había ya duda de que alguien se acercaba allí. Creyó distinguir la voz de una mujer entre los cuchicheos de los que llegaban.

Dos saltos silenciosos le bastaron para trasladarse al pequeño dormitorio, con la «German Luger» atenazada en sus manos. Ahora, ante la inminencia de la acción, era ya completamente dueño de sí mismo, y toda su tensión nerviosa había desaparecido. Una alegría fiera, sombría, brillaba en sus ojos; dijérase que estaba hecho para vivir aquellos momentos, y que la proximidad del peligro le dotaba de nuevas y misteriosas fuerzas.

De repente pareció agigantarse, y todos sus movimientos reflejaron una absoluta seguridad en sus posibilidades. Diríase que en vez de considerar a los que llegaban como dos auténticos diablos

que habían logrado fugarse de

Sing-Sing,

los tomaba por niños prestos a caer en una trampa. Y en verdad que Jackie Morgan cambiaría de color cuando viese el cañón de la «German Luger», y detrás los ojos de Jarvis Lambert, más implacable aún. Se regocijó por unos segundos con este pensamiento.

La puerta se abrió bruscamente, y alguien pasó al interior. Lambert, acostumbrado a calcular aun en los momentos más angustiosos, distinguió tres tipos diferentes de pisadas: uno de ellos perteneciente a una mujer. La puerta volvió a cerrarse. Lambert supuso que Jackie Morgan y sus cómplices habían ido allí exclusivamente para llevarse el dinero de la caja de caudales que ahora él tenía al alcance de la mano, y tal vez alguno de los trajes del armario. En tal caso, no tardarían en penetrar en la habitación. Se propuso aguardar de quince a veinte segundos, y saltar al exterior empuñando el arma.

Pero ocurrió algo con lo que Jarvis Lambert no contaba.

Sus instantes de nerviosismo, cuando escuchó las pisadas cercanas a la puerta, le resultaron fatales ahora. Livett, al encender la luz, descubrió algo en una de las butacas. Se acercó rápidamente a ella para tomar entre sus dedos aquel pequeño objeto. Era una bala de «German Luger», extraída de una recámara recién engrasada. Ninguno de los tres, ni él, ni Morgan, ni Dorothy Fulton, la actriz, llevaba un arma de aquella clase. Hizo un brusco ademán con el brazo y dijo:

—Llévate los documentos que están entre el instrumental, Dorothy. Vamos a marcharnos enseguida.

Se oyeron los pasos de la muchacha, dirigiéndose hacia el consultorio.

Jarvis, que ya estaba dispuesto a saltar, se detuvo. Sería mejor aguardar a que la muchacha regresase, para encañonarlos simultáneamente a los tres.

Livett y Morgan sabían ya que alguien había entrado en la casa. Sus miradas se dirigieron hacia la puerta del dormitorio.

—Vamos, Dorothy, date prisa.

—No los encuentro. Tendréis que esperar unos momentos —la voz de la muchacha había sonado perfectamente natural.

—Bueno, veo que tendré que ayudarte.

Livett dijo estas palabras en tono casi jovial, aunque castañeteaban sus dientes, y su rostro estaba pálido. Se dirigió al consultorio y abrió uno de los armarios, mientras Jackie Morgan, con un revólver en las manos y una fanática expresión de fiera acorralada en los ojos, vigilaba la puerta del dormitorio. Livett abrió una de las estanterías y oprimió, con un bistori de un determinado tamaño, uno de los tornillos de las bisagras. En la pared lateral del armario se produjo en silencio una pequeñísima hendidura, por la que el médico pudo introducir las uñas y más tarde los dedos, empujando.

Se mostró entonces ante sus ojos un espacio hueco, con compartimientos para varias armas. Sólo uno de ellos estaba ocupado ahora; una metralleta ligera marca «Thompson», con su cargador junto a la culata, estaba allí en disposición de ser utilizada.

Livett la empuñó, mientras Dorothy hacía ruido y abría y cerraba puertas.

—Ya están aquí. Cuéntalos, y mételos en tu bolso. Dentro de unos cinco minutos, saldremos de la casa.

Jarvis, de pie en el pequeño dormitorio, con la «German Luger» en las manos, no sospechó que todo aquello estaba encaminado a ganar tiempo y que se le iba preparando una trampa donde él pensó cazar a Jackie Morgan. Se mantuvo inmóvil y a la expectativa, esperando para saltar el momento en que oyese en la sala contigua las tres clases de pisadas nuevamente reunidas.

Entretanto, Livett apartaba silenciosamente uno de los cuadros de la antesala, con efigie de médicos de la Edad Clásica, Morgan, que había apagado la luz, sostenía ahora entre sus manos la «Thompson», a la que había colocado el cargador. Tras el cuadro apareció un pequeño cristal redondo, del tamaño de un ojo, que por el lado del dormitorio quedaba a veces disimulado por las cortinas. Estaba especialmente enfocado para dar una imagen amplia de casi toda la habitación, lo mismo en un sentido que en otro. Es decir, desde el dormitorio podía vigilarse con él la entrada del piso, siempre que se retirase el cuadro. Nerviosamente, Livett aplicó el ojo al cristal y sus manos se crisparon. Claramente, apenas a dos pasos del cristal, vio dibujadas las gigantescas espaldas de un

hombre. La policía, pues, había dado con su pista.

Hizo a Morgan una rabiosa señal afirmativa. Éste le tendió la «Thompson».

Retirando el cristal, que giraba sobre sí mismo, como el de una lupa plegable, Livett introdujo por él el cañón de la metralleta, tras asegurarse de que el desconocido continuaba en la misma postura. Si antes de un segundo no se movía las balas le triturarían la espalda y el cráneo.

Echó hacia atrás el cerrojo que, perfectamente engrasado, sólo produjo un debilísimo chasquido y, apenas éste llegó al fin de su trayecto, soltó el seguro y apretó simultáneamente el gatillo. Una rociada de balas atravesó el dormitorio, arrancando astillas de todas las paredes. Claramente oyeron los tres un grito de angustia y el ruido de un cuerpo al desplomarse pesadamente al suelo.

A partir de aquel momento, y después de la ráfaga que debió atronar las inmediaciones, estaban descubiertos. Su único recurso consistía en alcanzar rápidamente el automóvil que les aguardaba en la puerta, y huir a toda velocidad. Pero Livett quiso asegurarse más, y levantando ligeramente la culata del arma, terminó todo el cargador, cuyas balas mordieron las baldosas con trágico chirrido.

—¡Remátale si hace falta, Morgan, y vamos afuera!

El evadido abrió de un puntapié la puerta del dormitorio y, con el revólver por delante, trató de penetrar en la habitación. Pero no llegó a hacerlo. Una bala arrancó astillas de la puerta, silbando junto a su cabeza. Otra le atravesó la hombrera del traje cuando se dejaba caer hacia atrás.

Morgan dio dos vueltas sobre sí mismo, para regresar a la sala de las butacas de cuero. Sus manos conservaban todavía el revólver, con el que disparó hacia el hueco negro de la puerta. Livett, pálido y tembloroso por la tensión irresistible de sus nervios, disparó también. Se hubiera dicho que al otro lado del tabique resonó una carcajada.

Jarvis Lambert estaba ahora más seguro que nunca de sus fuerzas, y el silbido de las balas le habían devuelto toda su serenidad.

Minutos antes, precisamente porque estaba guiándose única y exclusivamente por lo que oía, no dejó de advertir un levísimo chasquido tras su espalda, como si un borde de metal hubiese

rozado la pared muy ligeramente. Recordó en fracciones de segundo que los cuadros de la antesala tenían marcos de metal dorado, y entonces todos sus músculos se pusieron en tensión: alguien le había descubierto.

No oyó más durante unos segundos. Pero la sensación de un inminente peligro, el sexto sentido que le había sacado de tantas situaciones difíciles, le cosquilleaba en la nuca con una sensación enervante. Volvió a escuchar un roce muy leve y entonces, jugándoselo todo, volvió la cabeza sin mover los pies del suelo. A la débil luz lunar que penetraba por la ventana, distinguió un tubo de acero que apuntaba hacia su espalda.

Se inclinó cuando la ráfaga empezaba a silbar sobre su cabeza. Vio saltar astillas de todas partes y, en fracciones de segundo, los cristales de la única ventana quedaron reducidos a polvo.

Lanzando un grito de fingido dolor, se dejó caer junto al tabique, donde las balas de ningún modo podrían alcanzarle. Allí permaneció quieto, hasta que cesó la ráfaga, apuntando con su «Luger» hacia la puerta. Vio aparecer en ella una figura y disparó. Fue todo tan rápido, que no supo de quién se trataba. Se puso en pie.

Morgan, al otro lado de la puerta, también se había incorporado.

—¡Sal y pon el coche en marcha, Dorothy! ¡Nosotros te seguiremos!

La muchacha abrió la puerta y unos instantes más tarde se oían sus pisadas, muy rápidas, al descender la escalera. Jarvis Lambert adivinó que los dos fugitivos, con sus armas preparadas, estaban aguardando a que saliese, y que intentar moverse ahora equivaldría a despedirse del mundo de los vivos.

Los tres permanecieron quietos, sin respirar, durante casi un minuto.

En la escalera sonó ruido.

Livett fue el primero en perder la serenidad. Dando una brusca media vuelta, salió corriendo escaleras abajo. Morgan, tras hacer fuego otra vez contra el hueco de la puerta, le siguió caminando hacia atrás.

Los dos saltaron como felinos sobre los peldaños. Dispararon contra una puerta que se había abierto, y ésta volvió a cerrarse instantáneamente.

Desde arriba, alguien disparó. Aproximadamente en el tercer piso, lo que indicaba que su desconocido agresor era capaz de saltar tan ágilmente como ellos.

Morgan pensó entonces que serían alcanzados en el interior del coche, pues la calle era recta y su perseguidor les acribillaría a balazos antes de que pudieran alejarse demasiado. Entonces se le ocurrió una solución casi desesperada, pero en sus circunstancias la única admisible.

A la altura del primer piso, abrió de un golpetazo la ventana del rellano. Livett siguió descendiendo hasta llegar al portal a pocos pasos del coche. Al ver la acción de Morgan, había adivinado lo que éste se proponía. Movi6 ambos brazos expresivamente y Dorothy arranc6, alejándose a toda velocidad.

Livett volvi6 entonces a subir, con la m6s fiera decisi6n impresa en sus facciones. Morgan le aguardaba junto a la ventana y con el rev6lver preparado, a punto de saltar.

Su perseguidor, como si adivinase sus menores movimientos, se mantenía ahora en la m6s absoluta quietud. Morgan aguard6 a que Livett llegase junto a 6l y entonces salt6 hacia el patio interior que, se extendía bajo la ventana, a pocos pies de profundidad. Una vez allí, empez6 a correr desesperadamente. Livett le sigui6.

—Aléjate un poco de mí —indic6 Morgan—. Vamos rectamente hacia el teatro. Si logramos entrar en 6l, podemos considerarnos salvados.

Sabían que en el inmenso recinto del «Metropolitan Opera House» nadie sería capaz de acorralarles.

Antes de saltar una pequeña pared que separaba dos patios, Morgan mir6 hacia atrás. No se veía absolutamente a nadie, excepción hecha de las figuras que habían aparecido en alguna ventana, y que ningún peligro significaban para ellos. El hombre que el F.B.I. o la Metropolitana había enviado en su persecuci6n, parecía haberse esfumado como un jir6n de niebla.

Atravesaron una terraza de verano, ahora desierta, antes de llegar a la parte posterior del «Metropolitan». Livett conocía la existencia de una vieja puerta pintada de verde, que no se empleaba desde ańos atrás, y cuya cerradura no debía ser demasiado perfecta. Algunas veces había pensado en ella, como 6ltimo recurso si las cosas llegaban a agravarse. En efecto, advirtieron enseguida que la

cerradura no resistiría mucho tiempo... Pero Morgan, irresistiblemente nervioso, la hizo saltar de dos disparos.

La puerta se entreabrió sola, bruscamente, antes de que la empujaran ellos.

Casi simultáneamente a los disparos de Morgan, alguien hizo fuego tras ellos. Las balas rozaron sus siluetas y abrieron violentamente la puerta.

Entraron como liebres acosadas. Morgan, antes de desaparecer por aquel hueco, miró hacia atrás y vio sobre la pared, a punto de saltar, una figura gigantesca, hercúlea, que se recortaba claramente a la luz de la luna. Su corazón dio un vuelco.

—¡Livett! ¡Li... vett!

Su cómplice no le oyó.

Saltaban los dos por unas escaleras de hierro. Se hallaron luego, entre las más espesas tinieblas, sobre una pasarela que cruzaba el escenario. Morgan, corriendo a ciegas, tropezó con su compañero. Éste le contuvo con su brazo.

—¿Está cerca?

—Muy cerca. Nos ha adivinado, y no tardará en pasar por aquí. Es tan grande como dos de nosotros. Hay que esperar y matarle, o nos dará alcance, Livett.

Ambos parecían haber perdido los últimos restos de serenidad ante la implacable sucesión de pruebas a que habían estado sometidos aquella noche. Se miraron indecisos, aunque apenas se distinguían uno al otro.

Livett volvió la espalda, y echó nuevamente a correr.

Se reunieron al otro lado de la pasarela, junto a una escalera de caracol. El médico pareció reflexionar antes de bajar por ella.

—La oscuridad nos favorece, y no podemos esperar a que aparezca uno de los vigilantes del teatro. Lo mejor será salir por la puerta oeste, y si podemos ahora mismo.

Estaban ya en el inmenso escenario. Corrieron a ciegas por él, intentando cruzarlo. De repente, una luz cegadora se hizo entre las candilejas. Todos los contornos de escenario quedaron iluminados.

Morgan, con un rugido, se lanzó hacia una puerta que tenía a su derecha, y que debía dar acceso a los camerinos. Iba a abrirla cuando le detuvo un verdadero alarido, a su espalda. Livett disparó rabiosamente.

La figura alta y maciza de Jarvis Lambert había aparecido sobre sus cabezas, en la pasarela. Ambos la vieron claramente. Vieron cómo caminaba por ella, apuntándoles con su «Luger». Vieron sus ojos. Sus manos de gigante. Contemplaron igual que pajarillos hipnotizados por una serpiente, cómo descendía, sin prisas y sin dejar de encañonarles, la escalera de caracol que desembocaba en el escenario.

Fue Livett el primero en darse cuenta. El primero en señalar aquellas manos de Jarvis Lambert. Hizo fuego contra él, pero sin apuntar. Sus labios habían quedado blancos mientras gritaba:

—¡Estamos perdidos, Morgan! ¡Es Lugan Horst, «El Estrangulador de Brooklyn»!

CAPÍTULO V

UNA BALA POR CABEZA

Bowery, 1.55 madrugada.

«Metropolitan Opera House», misma hora.

Federal Bureau of Investigation, 2.25 madrugada.

Milton Roy hizo sonar muy brevemente el timbre de la puerta.

Aguardó unos minutos hasta oír unos pasos firmes, aunque lentos, que se aproximaban. Le abrió Anna Tedell Martins en persona.

Estaba muy pálida, y vestía ya de negro. Abrió los ojos, muy sorprendida, al reconocerle.

—Por favor, permítame pasar.

La muchacha abrió por completo la puerta, dejando la entrada libre. Fue entonces cuando Roy escuchó los sollozos de una mujer, al otro lado del piso, y la sensación depresiva que ya le había atormentado al acercarse al Bowery, se apoderó por completo de él.

—¿Qué quiere usted? ¿A qué ha venido esta noche?

—Comprendo que es un poco extraña mi presencia. Pero he venido exclusivamente para hablarle a usted. Soy el agente John Milton Roy, del

F. B. I.

Los labios de la muchacha se fruncieron instantáneamente con una mal disimulada contrariedad.

—Si viene por hablarme de mi hermano, o para ofrecerme algún consuelo, puede marcharse enseguida.

—No. No he venido para eso. Además, usted no sospecha que yo pudiese estar al servicio de la policía, sino todo lo contrario, y eso la desorienta. Pero intentaré ser claro, y haré lo posible para que

usted me comprenda. Dígame dónde podemos hablar.

Anna le miró con una expresión a la vez incrédula y suplicante.

—Le he dicho que si quiere consolarme por lo de mi hermano...

—No sirvo para eso. Quiero hablar sinceramente de usted y con usted. Créame...

La muchacha le indicó una pequeña salita contigua. Los sollozos en el interior del piso habían cesado ahora, y ambos pudieron oír sus pisadas, al caminar, como las de dos seres extraños. Los muebles, aunque sencillos, estaban ordenados con gusto, y una sensación de paz, que sin embargo no lograba amortiguar la tristeza del momento, acogió a Milton Roy.

—Cuando usted me vio por primera vez —dijo en voz baja—, detenido por maleante, estaba cumpliendo una misión especial. Aquella detención me era precisa. Desde entonces acá, han ocurrido muchas cosas. Y yo no he tenido inconveniente en revelarles mi verdadera profesión, porque en este caso la hubiese averiguado usted pronto.

—¿Debe vigilarme? —En la voz de Anna Tedell había a pesar de todo, cierta ironía de mujer de mundo.

—Algo semejante. Ayer terminé con un caso en una ciudad de Iowa. La semana próxima debía regresar a Nueva York, para ocuparme del contrabando de drogas. Como cualquier hilo puede ser el que conduzca al ovillo, hasta de las personas más insospechadas debo ocuparme. Usted, me informaron, debía de ser una de ellas, en el caso de que estuviese en contacto con... los amigos de su hermano. Me enteré de que hoy se ejecutaría la sentencia en él y Morgan, y vine a toda prisa con el fin de convencer al gobernador para un aplazamiento. Pero ya no pude hallarle porque había marchado a Washington. Fracasado mi propósito, he venido a avisarla a usted.

—¿A mí?

Milton Roy respiró, con los ojos cerrados, levantando la barbilla.

—Usted sabe que en la policía hay perros de presa. Gentes a quienes les gusta morder, sea a quién sea. Yo no me cuento entre ellos. Si alguien «empieza», procuro que se retire antes de que se acumulen responsabilidades sobre él. Estoy seguro de que usted nada tiene que ver con los contrabandistas de drogas, Anna, pero, por si me equivocase, deseo hacerle esta advertencia: retírese ahora.

Más adelante, tendría que morderla...

La muchacha bajó la cabeza.

—Es usted muy expresivo —comentó, con cierta inflexión de odio en la voz.

—Para eso he venido a Nueva York, antes de tiempo, Anna.

—Bien. Y ya que es sincero, le responderé del mismo modo: yo me río de todos ustedes, y pienso que sólo son unos estúpidos apegados a viejos métodos rutinarios, aunque les hayan cambiado el nombre. Con toda su sabiduría condenaron a un inocente. Toda su formidable organización no ha podido impedir que se fugase Jackie Morgan.

Milton Roy se estremeció.

—¿Qué se fugase Jackie Morgan?

—¿Acaso no ha oído la radio? Han dado ya tres emisiones.

El joven, durante unos segundos, pareció perplejo.

—Al salir de la residencia del Gobernador, fui al «Madison Square Garden», dónde había de encontrar un tipo al que no deseo dejar suelto mucho tiempo. Me entretuve luego con un ex «manager» llamado Kiwi. Y nadie me habló de esa noticia. Nadie la comentaba. No me detuve en ningún otro sitio hasta llegar aquí.

—En cierto modo, está usted de vacaciones y eso no le importa. Pero Jackie Morgan ha huido esta misma noche, pocas horas antes de... Ha huido auxiliado por uno de sus cómplices. —Las frases se cortaban en sus labios, y hacía esfuerzos por no perder la serenidad—. Ya lo sabe usted. La radio ha hablado tres veces. Dicen que mi hermano será ejecutado, y que entretanto un hombre llamado Jarvis Lambert, ha salido en busca de Morgan. Pero Morgan se reirá de él.

Roy, que había escuchado aquello con los ojos bajos, se sobresaltó de repente.

—¿Jarvis Lambert?

—Sí. ¿O crees que estoy en situación de que se me olvidan los nombres cuando están relacionados con...?

Y rompió a llorar convulsamente, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Milton Roy se levantó, y su alta figura lo pareció mucho más sobre la abatida Arma. Su mano derecha resbaló sobre la espalda de la mujer, sin tocarla, en una muda e inútil caricia. Sus facciones habían quedado rígidas.

—Jarvis Lambert —repitió, muy quedamente.

Con la máxima suavidad, intentó obligar a Anna a que alzase el rostro.

—Si Jarvis no encuentra a Morgan, su hermano morirá, Anna. Si Jarvis lo encuentra, su hermano morirá también. Pero yo voy a salir a la calle ahora. Tal vez pueda impedir que se produzca eso. No pierda la esperanza, Anna.

Eso, es decir el encuentro entre aquellos dos hombres que deseaban aniquilarse, había ocurrido en aquellos momentos en el inmenso escenario del «Metropolitan Opera House».

Jarvis Lambert estaba a diez pasos de Livett, y a trece pasos de Morgan.

Los tres empuñaban sus armas.

Pero ninguno de ellos disparó. Los dos fugitivos contemplaron unos segundos la gigantesca figura del agente, prisioneros de su propio asombro. Jarvis, sin dejar de encañonarlos, adelantó dos pasos.

A cada movimiento del agente, los dos fugitivos se sentían más acorralados por algo terrorífico e insoslayable, a lo que no podían escapar.

Fue Morgan el primero en recobrar el sentido del habla.

—Lu... Lugan Horst. Puedes huir... pronto. Somos dos hombres, y de lo contrario acabaremos contigo.

Aquella extraordinaria proposición hizo que Jarvis contrajera los labios en una fría sonrisa. No se entreabrieron. No se apartaron sus ojos de las pistolas de Livett y Morgan.

Los tres se conocían bien. El agente adelantó otro paso.

Morgan comprendió que su vida corría ahora tanto peligro como durante su encierro en

Sing-Sing,

en el «Departamento de los Muertos». Horst había venido a matarle, pero el tiempo obraba contra él. Si uno de los vigilantes del «Metropolitan» aparecía entonces, había llegado el momento de intentar una solución desesperada. Livett pensó lo mismo pero con menos serenidad.

El cañón de su arma se alzó ligeramente, para enfilarse la cabeza de Jarvis Lambert.

Se oyeron dos detonaciones el unísono. Jarvis que no había

perdido la vista un segundo las manos de sus dos enemigos, y que había comprendido cuál de los dos acabaría antes por perder los nervios, tenía prácticamente acorralado a Livett. De hecho adivinó el segundo exacto en que éste se jugaría el todo por el todo. Y antes de la detonación, apoyando su peso sobre una sola pierna, se ladeó mientras extendía el brazo derecho y hacía fuego a su vez. La cabeza de Livett se abrió con un chasquido por la parte superior de la frente.

Cuando se desplomaba, se desplomó Jarvis también perdiendo el equilibrio. Morgan disparó dos veces.

Ninguna de sus balas hizo blanco, pues el corpachón gigantesco de Jarvis quedaba parcialmente cubierto por el de Livett, al caer. Y Jackie Morgan se sintió perdido al oír otra vez aquella risa fría escalofriante.

Una bala le arrancó el arma de las manos, al tiempo que una crispación le recorría todo el cuerpo. La sangre saltó sobre sus dedos, haciéndole doblarse con un gesto de dolor.

Jarvis, levantándose y sin dejar de apuntarle, se acercó a él.

Su mano izquierda, abierta, cayó de canto sobre el cuello de Morgan. La culata de su pistola se abatió sobre su cabeza.

El «gangster» cayó como un guiñapo.

Jarvis Lambert ocultó entonces su pistola en uno de los bolsillos del impermeable. Sus gigantescas manos se estremecieron nerviosas, y una sonrisa indescifrable, que parecía haber recogido la quinta esencia del odio, aleteó en sus labios. Se sentó sobre el pecho de Morgan, aplastándolo con su peso, y sus dos manos apretaron el cuello del fugitivo, lenta y sabiamente.

Morgan lanzó un estertor.

—Te haré durar varios minutos... Así... Quiero que te des cuenta de tu muerte, Morgan... Una muerte lenta... Como la que tú diste a mi mujer. ¡Como la que tú diste a mi mujer!

Su voz tembló de rabia, y sus dedos se engarfiaron frenéticamente sobre el cuello de Morgan.

En aquel momento oyó pasos a su espalda. Casi al mismo tiempo una voz dura, firme, cruel, le ordenó:

—Levanta las manos. Suelta a ese hombre, o te dejaré hueca la cabeza.

Un hombre pelirrojo había pedido ser introducido en el

despacho de Danvers. Cuando éste supo su nombre, ordenó que le hicieran pasar.

«Johnny» Milton Roy entró y se sentó silenciosamente ante la mesa de su jefe.

Se miraron durante unos segundos. Danvers, se sentía intrigado ante aquella expresión taciturna del agente.

—¿Qué le ha traído tan pronto a Nueva York, Roy? —preguntó, intentando dar a su voz un tono oficial.

—Vine a solicitar del gobernador el indulto de Tedell Martins —respondió, sin abandonar su expresión taciturna—. Pero nada he conseguido.

—Su misión cerca de Anna no debía empezar hasta una semana después de la ejecución. Usted sabe que podía disponer de una semana de descanso.

Roy, por toda respuesta, manifestó un deseo:

—Quisiera que hiciese traer la hoja de servicios de Jarvis Lambert y la ficha de Jackie Morgan, si es posible.

Danvers oprimió un botón en el borde de su mesa, y apareció una secretaria.

—Traiga el extracto de la hoja de servicios de Jarvis Lambert, y la ficha de Jackie Morgan. Muy urgente.

Encarándose de nuevo con Roy, puso ambas manos encima de la mesa.

—Los archivos tardarán unos ocho minutos en proporcionárnoslo. ¿Sería mucha curiosidad preguntar para qué desea eso?

Roy inclinó el cuerpo sobre la mesa. Sus ojos brillaron intensamente a la luz de la lámpara.

—Hace algún tiempo que usted conoce mis procedimientos de trabajo. Siempre solicito temporadas de descanso para seguir pistas que creo haber hallado, y que, por ser posiblemente falsas, no me atrevo a exponer al F.B.I., hasta estar bien convencido de ellas. Así fue como, cierto día, usted me envió empleado como pocero en una alcantarilla de Nueva York, cuando me suponía de descanso en Méjico, y estuvo a punto de pedir que se me formara expediente. Pero aquello me sirvió para capturar a Grunfield, que cometía en el subsuelo de la ciudad sus espantosos crímenes. Más tarde, en un rancho selección de sementales, en Tejas, pude dar con la clave de

un contrabando de drogas que había logrado extender su zona de distribución a todo el sur de los Estados Unidos. Ahora, si he vuelto antes a Nueva York aparte del deseo de salvar a Tedell Martins, ha sido por estar convencido de un nuevo hallazgo. Un hallazgo que pensaba analizar poco a poco y con métodos. Pero lo que ha sucedido esta noche, precipita las cosas de tal modo que no tengo más recurso que intentar resolverlo antes de las cinco de la madrugada. Antes de que sea ejecutado el hombre de Sing-Sing.



¿Pero sabe que yo tengo que hacer procedimientos de trabajo?

V -

Danvers se estremeció, aun en contra de su voluntad.

—Es muy posible que exterminemos a un inocente, pero yo nada puedo hacer. He lanzado tras sus pasos a Jarvis Lambert y...

—De Jarvis Lambert quería hablarle, precisamente.

—Puede hacerlo... —el tono de Danvers había sido ligeramente

irónico, como si se dispusiera a escuchar por condescendencia la historia de un maniático. En aquel momento la secretaria entró con una pequeña carpeta y una ficha, que depositó en silencio sobre la mesa.

—Tome ambas cosas, y compruebe mis palabras. Es necesario que llegue pronto a creerme, para que pueda contar con su ayuda. ¿Quién asesinó a la esposa de Jarvis Lambert?

Danvers manejó los papeles.

—Nunca lo hemos sabido.

—Jarvis si lo sabía. Fue Jackie Morgan. La mató para robar. De una forma repugnante, cruel. Jarvis, entonces un químico desconocido, se negó a dar a la policía el nombre de quién él consideraba culpable. Su odio le había dictado el deseo de darle una muerte sabía, lenta, cruel, y no entregarlo para que luego un jurado le absolviese por falta de pruebas. Se dedicó a buscar a Jackie Morgan algún tiempo.

—Bien...

—Lo encontré. Fue aquel crimen del que los periódicos hablaron tanto, «el caso de la diosa inmóvil». Lo encontró una noche en el piso de una de las muchas mujeres que han intervenido en su vida: Kitty Lawson. Jarvis la estranguló para que no le estorbase, mientras Morgan yacía sin conocimiento, a unos pasos de él, exánime a consecuencia de los golpes recibidos. Pero cuando se disponía a acabar con el asesino, la llegada de dos hombres de su banda lo echó todo a rodar. Jarvis pudo salir a duras penas de allí, con una bala en el brazo.

Danvers movió la cabeza.

—Es cierto. Cuando se le reconoció, a su ingreso en el F.B.I. tenía huellas de una herida de bala, que, sin embargo, no le impedía la más completa libertad de movimientos.

—Jarvis no ha sido nunca una persona agradable. Su esposa fue muy desdichada, al parecer, en su compañía. No obstante lo cual, la amaba tanto que hizo de la venganza la misión de su vida. Pero lo que yo afirmo, señor, es que Jarvis Lambert era un hombre con excepcionales facultades para el crimen, a quién sólo faltaba un móvil, una causa. Lo prueba la tranquilidad con que eliminó a Mary Schultz, la austríaca que se enamoró de él, y que al cabo de un tiempo llegó a descubrir su crimen. La estranguló para que nunca

podiese delatarle. A partir de ese momento, aquel hombre a quién nadie conocía, excepto Jackie Morgan y sus cómplices, y que había cometido ya dos asesinatos, siempre en el mismo distrito de Nueva York, se transformó en el «Estrangulador de Brooklyn». Usted sabe que su caso, antes de archivarse, dio mucho que hablar en todas partes.

—Uno de nuestros fracasos... —reconoció, tristemente, Danvers.

—Hasta ahora he hablado sin probar nada. Todos son detalles a los que he dado ilación yo mismo, y que muy bien pudieran resultar falsos. Pero examine, a partir de este momento, la hoja de servicio de Lambert y la ficha de Jackie Morgan. Es posible que se lleve más de una sorpresa. —Hizo una breve pausa—. Lo cierto, señor, es que llegó un momento en que Morgan contaba con una organización poderosa y Jarvis —Lugan Horst, su verdadero nombre—, no era más que una especie de diablo todo lo temible que un diablo puede ser, pero al fin y al cabo, solitario. Cuando Morgan empezó a operar en bancos coloniales y en hoteles de lujo del Pacífico, Jarvis comprendió que le sería muy difícil darle alcance. Y entonces ideó un plan: había estallado la guerra en Europa, los Estados Unidos empujados por la política intervencionista del Presidente Roosevelt, se aprestaban a lanzarse a la lucha, y el F.B.I., estaba adquiriendo grandes proporciones como organización. Centenares de nuevos agentes eran instruidos en la escuela especial, y las admisiones se hacían casi en masa. Jarvis Lambert, a quién nadie conocía, excepto Morgan y sus hombres, en el aspecto sombrío de su personalidad, fue uno de los solicitantes, y se le examinó física y moralmente. No tenía antecedentes buenos ni malos, poseía amplios conocimientos en el campo de la Química y el hecho de que su esposa hubiese sido asesinada, hizo que se le contemplase con simpatía. Por otra parte, sus facultades físicas eran portentosas. Todos sus compañeros de promoción recuerdan aún cómo luchó a la vez con dos profesores de Jiu-Jitsu, y los aplastó a los dos. El caso es que fue admitido en el F.B.I., y comenzó a solicitar, en la medida de lo posible, misiones en Oriente.

—Jackie Morgan se hallaba entonces en Singapur —reconoció Danvers, después de mirar la ficha—. Pero lo que no comprendo es por qué Jarvis no renunció a sus deseos de venganza personal, denunciando a Morgan, al ver que éste contaba con superiores

medios y se le escapaba de entre las manos.

—Olvida usted lo de la falta de pruebas. Si examina el caso, que ha de estar archivado en la «Metropolitan», reconocerá la ausencia absoluta de indicios contra Morgan. La denuncia para nada le hubiese servido a Jarvis.

Danvers asintió, bajo el influjo de la voz convincente de Roy.

—Estalló la guerra, y Morgan, después de una breve temporada de cárcel, fue movilizado, desembarcado en Wake y cayó prisionero cuando regresaba con permiso a los Estados Unidos. Se le trasladó a Tokio. ¿Qué hizo, por la misma época Jarvis Lambert?

Danvers contempló las hojas.

—Solicitó que se cambiase su nombre de Lugan Horst por el que ahora lleva. Solicitó, además, ser depositado por un submarino en las costas del Japón a fin de salvar al coronel Milwer, prisionero también y dueño de importantes secretos militares que se temía revelase.

—Su valentía fue muy alabada —comentó «Johnny»—, pues usted sabe que los espías eran facilísimamente descubiertos en el Japón, y previo ciertos «trámites» nada agradables, a fin de hacerles soltar todo cuanto sabían, se los decapitaba con sable. Jarvis, sin embargo, logró penetrar en el campo de prisioneros donde se encontraba Morgan y el coronel Milwer, y rescató a este último.

—¿Supone usted que su misión tenía un doble objetivo?

—Estoy seguro de ello. Milwer mismo, a quién encontré recientemente en Iowa, me dijo que Lambert era un hombre valiente pero muy extraño, y que tuvo la sensación de que no quería marcharse del campo hasta encontrar a alguien. Estuvieron a punto de ser capturados los dos.

—Lo que usted dice es sorprendente, Roy. Siga.

—Termina la guerra, y Morgan es repatriado. La permanencia en el Japón no ha mejorado su índole moral, y ahora tiene planeados varios golpes con los que —piensa—, se hará fabulosamente rico. Su campo de acción es China y más Corea, dedicándose a la venta de secretos militares. Posee un palacete en Hong-Kong,

y vive como un verdadero potentado, sin pensar para nada en el regreso a los Estados Unidos, donde los policías cada vez tiran mejor. Jarvis Lambert hace un viaje de vacaciones a

Hong-Kong,

y, una vez en el puerto, se le niega la entrada. La situación es muy violenta, en China, y no se puede ir a ella como simple turista. Pasó algún tiempo, y sobreviene la tragedia de Corea. Morgan queda detenido en Seúl por las fuerzas de la República Popular del Norte. De repente se sabe que hace falta un hombre decidido para llegar hasta Manchuria y averiguar la importancia de los movimientos de tropas más allá de la línea de Yalú. Lambert se ofrece voluntariamente, y un avión lo lanza sobre su objetivo. Pero en vez de cumplir las órdenes, viaja de noche hasta Seúl y, entre el fragor de una batalla, trata de encontrar a Morgan. Lo logra, pero sin conseguir del todo sus propósitos. Hiere a Morgan en un pie.

Danvers hizo un enérgico signo afirmativo.

—Es cierto. Y más tarde Lambert diría que le había sido imposible atravesar el Yalú, y que tuvo que seguir hacia el sur para salvar su vida. Primera misión en la que debe reconocer su fracaso.

—Morgan es rescatado —prosiguió Milton Roy—, y vuelve a los Estados Unidos, con todos sus planes deshechos. Se dedica entonces a la distribución de drogas en gran escala. Un cómplice está a punto de denunciarle, y decide matarlo. Para ello busca una cabeza visible, alguien sobre quién cargar el peso del crimen, y piensa en Tedell Martins. Gracias al error de unos minutos sufridos por el mago, aquella noche en el teatro, Morgan fue capturado también, y se le condenó a muerte. Luego, todo sigue normal... Hasta esta noche.

Danvers se estremeció otra vez.

—Ya lo comprendo. Usted, Roy, quiere decir, que Morgan es el único que conoce la otra personalidad de Lambert, y que éste tiene tanto interés en que hable como yo en que me corten la cabeza. Quiero decir, Roy, que sólo piensa en matarle, y que esta noche le hemos dado la mayor alegría de su vida al encargarle esa misión. — Su voz vaciló, se hizo temblona, débil—. Quiere decir, Roy, que Tedell Martins no tiene salvación, ocurra lo que ocurra.

CAPÍTULO VI

LA SEGUNDA FUGA

*«Metropolitan Opera House», 2.26 madrugada.
Bowery, 3.45 id.*

Pero una voz había sonado tras la espalda de Jarvis Lambert. Una voz enérgica y firme, que volvió a ordenar:

—Levántese con las manos sobre la cabeza. Hay cuatro pistolas apuntándole a la nuca.

Jarvis se levantó pesadamente, pero sin mover las manos, Sus facciones estaban tan rígidas como las de un muerto, y se habían cubierto de un color terroso.

Se volvió poco a poco y con los ojos semicerrados. Cuatro agentes de la Policía Metropolitana, junto con un vigilante del teatro, le encañonaban con sus armas.

—¡Acérquese a nosotros, y levante de una vez las manos a la altura de la cabeza!

Jarvis distendió sus labios en una sonrisa, cuadrada, falsa. No obedeció. Por el contrario, con cierta inflexión de ironía en la voz, declaró:

—Soy el agente Jarvis Lambert, del F.B.I. Este hombre al que ven tendido en el escenario, es Jackie Morgan, evadido de Sing-Sing, y el muerto es su cómplice, que intentó resistirse. Morgan vive aún, y en este momento lo estaba inutilizando.

La expresión de los ojos del sargento que había hablado cambió de repente.

—¡Buena caza, por todos los diablos! ¡Nosotros le ayudaremos a trasladar a

Sing-Sing

a ese cabeza de buitre!

Un leve e imperceptible temblor recorrió las espaldas de Lambert.

—No es necesario, sargento. Puedo hacerlo solo.

Atravesó su cerebro el terrible pensamiento de que, si no se libraba de aquellos hombres, Morgan declararía teniéndole a él delante.

Los cuatro agentes rodearon el cadáver de Livett y el cuerpo inanimado del «gangster».

—Buen tiro, amigo. Una sola bala.

Uno de los policías señaló a Livett.

—Que resucite mi suegro si no conozco a este tipo. Es Livett, un medicucho que se dedicaba a curar heridas de bala. Y de que el otro es Morgan, estoy seguro como de que me aprietan los zapatos. Este individuo ha dicho la verdad —a Jarvis Lambert—. Y lo que yo digo es que no me gustaría pelear con él ni por el puesto de alcalde de Nueva York.

El sargento hizo un amplio ademán con la mano.

—Eso es lo creo. Vamos, muchachos, dejad de hablar y ayudadme a levantar a estos tipos. Uno de ellos tiene una cita con *«madame»*.

Jarvis Lambert crispó sus diez dedos sobre los muslos, próximo al paroxismo nervioso.

—No me agradan las bromas sobre la silla eléctrica. Déjenme a Morgan para mí, y encárguense del cadáver de Livett. Les dará menos trabajo.

El sargento se detuvo ante él, y tuvo que levantar la cabeza para mirarle a la cara. En sus ojos se leía la admiración que le inspiraba aquella figura de coloso.

—Nuestra obligación es ayudarle, amigo. Crea que no pretendemos salir en los periódicos como los hombres que ayudaron a capturar a Morgan. No es eso lo que me propongo. Sencillamente ayudarle para que ese tipo, en un momento de distracción, no le dé un disgusto.

Había tan tranquila convicción en la voz del sargento, quien creía prestar un servicio a Lambert y no estaba dispuesto a ceder, que éste se estremeció nuevamente. Insistió:

—No perdamos más tiempo. Sólo les necesitaré como testigos más adelante. Llévense a Livett, y yo me encargaré de Morgan.

«Una vez en un coche me será fácil acabar con él —pensó—. Todos me creerán cuando diga que intentó fugarse».

Pero algo de la siniestra luz que en aquellas fracciones de segundo pasó por sus ojos, debió ser captado por el sargento, porque éste, con una cierta expresión de desconfianza, casi maligna, se encaró otra vez con él.

—Lo reglamentario sería que usted me enseñase su insignia, amigo.

Jarvis se dio cuenta de la posición en que se hallaba. Sin decir una palabra, mostró su placa de agente federal.

—Bien. Le ruego, entonces, que acepte nuestra ayuda.

Jarvis iba a protestar, incluso a apartar de un manotazo al sargento, pero no hubo tiempo.

De repente sonó un disparo.

Uno de los agentes se desplomó, al tiempo que algo rodaba sobre el escenario.

Jackie Morgan, un minuto antes, había entreabierto los ojos. Su agilísimo cerebro le dictó inmediatamente el exacto sentido de su situación y no se movió. Entornó nuevamente los párpados. Por las voces y el rumor de pasos, adivinó el momento en que podía entreabrirlos de nuevo. Lo hizo en el instante en que Lambert mostraba su placa al sargento, y los policías se acercaban curiosamente. Ésa fue su oportunidad. Una oportunidad a cara o cruz, y con la vida en la apuesta. Pero la ganó, de momento; rodando sobre sí mismo, en una hábil pirueta, logró hacerse con la pistola que yacía en junto a Livett, y disparó contra el agente más cercano, atravesándolo por la espalda. Todos se volvieron cuando Morgan, dando dos rapidísimas vueltas sobre sí mismo, caía desde el escenario al compartimiento de los músicos.

Al caer, hizo fuego otra vez. Todos adivinaron su proyecto.

—¡Saltad! —rugió el sargento—. ¡Corred por ambos ledos! ¡Yo dispararé desde aquí!

Pero el primero que obedeció aquella orden, aunque no iba dirigida a él, fue Jarvis Lambert.

De un salto impresionante, cayó sobre la baranda que separaba el patio de butacas del lugar destinado a la orquesta.

Comprendió que Morgan había salido ya de allí por unas pequeñas cortinas de terciopelo, que se movían todavía, y escrutó con los ojos las innumerables filas de butacas, casi envueltas en tinieblas. Era fácil adivinar que Morgan intentaría ocultarse entre ellas como único y desesperado recurso.

Pero Morgan iba armado, y si bien Lambert confió en que no dispararía para no revelar así su posición, pronto pudo convencerse de que era demasiado optimista al suponerlo así.

Una bala le atravesó la manga derecha, arañándole el brazo. Si Morgan, situado justamente en la segunda fila de butacas —más cerca de lo que creían todos—, hubiese podido apuntar con la suficiente calma, aquello habría significado el fin del «Estrangulador de Brooklyn». Pero de momento sólo sirvió para enfurecer más al gigante, y para poner sobre su pista a los hombres de la «Metropolitana». Una rociada de balas recorrió la segunda fila de butacas al tiempo que saltaba Lambert. No vio a Morgan bajo sus pies, como esperaba, pero hizo fuego también en un acceso rabioso. En aquel momento, una de las puertas del fondo se abrió y apareció en ella otro de los vigilantes del teatro, quien al ver a los agentes, corrió hacia el escenario.

Llevaba quince años en aquel lugar y nunca se había encontrado ante una escena semejante. Pálido, con un viejo revólver en la mano, se quedó titubeando a mitad del camino. La puerta osciló, sin llegar a cerrarse.

Morgan decidió descubrirse.

Cuando lo hizo, la situación era la siguiente: el sargento estaba en el escenario, dominando con su arma todo el patio de butacas y, desde luego, la puerta del fondo. Jarvis Lambert, con las piernas poderosamente asentadas sobre dos respaldos de distintas sillas, el arma engarfiada en los dedos, paseaba sus ojos centelleantes por toda la sala. Los agentes y los dos guardianes del teatro estaban repartidos entre el corredor central y los corredores laterales.

Todos vieron cómo Morgan se alzaba, disparaba una vez hacia atrás, y se abalanzaba hacia la puerta.

Todos, excepto un agente y el vigilante recién aparecido, hicieron fuego hacia allí. Pero con precipitación y como aturridos ante la audacia del «gangster». Sólo Lambert fue lo suficiente sereno para apuntar durante brevísimos segundos en que la figura de

Morgan se recortó en la puerta, haciéndolo al tronco por no estar muy seguro de acertar a aquella distancia, plenamente en la cabeza. Pero un brusco movimiento del fugitivo, dando un salto para pegarse al quicio, hizo que el balazo, destinado a ser mortal, le atravesara la pierna.

Era suficiente.

El sargento dio un alarido, y saltó del escenario. Los agentes corrieron hacia la puerta, donde suponían inmovilizado a Morgan. Jarvis Lambert saltó sobre las butacas y cayó entre ellas, resbalando la «Luger» de entre sus manos. Por eso, el primero en llegar junto a la puerta no fue él, sino uno de los agentes.

La puerta daba acceso a un gran vestíbulo sumido casi en tinieblas. Otra puerta, giratoria ésta, situada ante la primera, oscilaba levemente. Por ella supuso el agente que Morgan había huido por allí, aunque no se advertía el menor rastro de sangre. Corrió, con el arma preparada, y en el momento de llegar junto a ella, oyó un ruido a su espalda. Morgan agachado avanzaba penosamente pegado a la pared buscando una puerta lateral de madera tallada que debía conducir a la Administración del teatro. Estaba apuntando al agente y en su rostro crispado se leía la decisión de los que van a jugárselo todo. Por eso, al verse descubierto, disparó dos veces, con sus dos últimas balas. El agente cayó, herido, con una débil queja.

Cuando Lambert llegó al lugar de la escena, la puerta de madera tallada ya se había cerrado. En cambio la giratoria oscilaba lentamente aún, y el agente había caído, al parecer, cuando corría hacia ella. Éstos fueron los dos detalles que hicieron perder a Lambert unos minutos preciosos, y facilitaron a Jackie Morgan la más desesperada de sus evasiones.

Lambert atravesó el gran vestíbulo, sin tomar ninguna precaución y con las mandíbulas apretadas fuertemente. Salió hasta la calle con la «Luger» en las manos y seguido por los agentes. Allí, sus ojos refulgieron con una llamarada de rabia que transformó sus facciones.

Morgan entre tanto había logrado salir por una puerta accesoria y, sólo a unas yardas de distancia, se alejaba penosamente. Un chiquillo le había alcanzado, pero Jarvis Lambert, el gigante, no pudo hacerlo.

Dando una rapidísima media vuelta, el agente regresó al interior del teatro.

Jackie Morgan trató de aparentar naturalidad al andar, aunque le ardía la pierna. Un hilo continuo de sangre impregnaba ya sus zapatos, e iba dejando en el asfalto un rastro delator. Vio un taxi detenido, a pocas yardas de distancia, y sus ojos brillaron de esperanza. Si lograba alcanzarlo, aún se salvaría; si no lo hacía, cinco minutos más tarde, a lo sumo, Lugan Horst le atravesaría el corazón de un balazo.

Dos parejas se dirigían lentamente hacia el último taxi. Eran jóvenes bien vestidos, y debían venir de algún club nocturno, a juzgar por sus risas y sus voces alegres. Morgan extendió y contrajo sus dedos espasmódicamente, pensando que llegarían antes que él y que estaría perdido. Pero las parejas, riendo, siguieron calle abajo, tras detenerse unos segundos ante el coche. Morgan, desfallecido, se apoyó en la portezuela.

—A la calle 32 Oeste. Pronto. A la calle 32... Oeste.

Pero una vez en el interior del taxi, donde hacía desesperados esfuerzos por mantenerse sereno, Jackie Morgan cambió de propósito, y esto había de ser muy importante para él.

Pensó que Jim Toran, antiguo delincuente y aliado suyo, que habitaba en un destartelado piso de la calle 32 Oeste, podía muy bien negarle auxilio para no verse envuelto otra vez en poco amigables conversaciones con sus antiguos conocidos de la policía. Suzy Grandall, en cambio, que habitaba en una sórdida calle de Bowery, y que no encontraba trabajo en ninguna parte, debido a sus malos antecedentes, era posible que le prestase ayuda.

Y en todo caso, pensó Morgan, siempre resulta más fácil atemorizar con una pistola descargada a una mujer como Suzy, que a un hombre como Jim Toran.

Dio, pues la nueva dirección al chófer, y se tumbó a medias en el asiento, sujetándose con ambas manos la pierna.

«Johnny» Milton Roy, en aquel mismo instante se dirigía en otro taxi a las habitaciones de Anna Tedell Martins, para asegurarle que, aunque faltaba solamente hora y media para la ejecución de su hermano, se encargaría por sí mismo de jugar en ese tiempo las últimas cartas. No tenía la menor esperanza en conseguir un resultado favorable, y por eso prefirió dar personalmente a la

muchacha aquel último consuelo, en vez de limitarse a una llamada telefónica.

Así fue como, con una diferencia de minutos, el taxi que conducía a Jackie Morgan y el que conducía a Milton Roy, pasaron por la misma calle.

CAPÍTULO VII

PELEA DE GIGANTES

Bowery, 3.45, madrugada.

Prisión

Sing-Sing,

4.25, madrugada.

Puente de Brooklyn, 4.30.

Suzy Grandall se había avejentado mucho en los últimos años, y ya no era la mujer que un día se llevó

25 000

dólares de un «dancing» mientras los dos administradores se partían las mandíbulas a puñetazos, a causa de ella.

Cuando, por otro robo, esta vez sólo de 500 dólares (un robo de aficionado, dijo con cinismo: para defenderse ante el tribunal), ingresó en la cárcel de mujeres y al salir quedó sin trabajo, el Bowery, con sus habitaciones a precios irrisorios, con sus restaurantes malolientes y baratos fue su refugio. Ninguno de sus antiguos conocidos la visitaba ya, y su única esperanza, pues no tenía posible redención moral, era otro buen golpe que la pusiera a cubierto para el resto de sus días.

Por eso se sorprendió mucho cuando alguien llamó a su puerta a aquella hora intempestiva. Y cuando, al abrir, vio nada menos que a Jackie Morgan, pálido, despeinado y con la pistola en la mano, estuvo, a pesar de todo su temple de mujer peligrosa a punto de desmayarse de terror.

Morgan entró en el vestíbulo, cerrando tras sus espaldas la puerta.

—¿Estás sola, Suzy? —susurró.

Ella, apoyada en la pared, no tuvo fuerzas para responder. Había escuchado por la radio toda la información sobre la fuga de Morgan; apenas media hora antes, un cronista había hecho un breve reportaje de lo sucedido en el piso de Livett, y había prometido más noticias. No habría duda de que, en éstos, momentos las emisoras y los periódicos habrían ya ofrecido primas fabulosas a los que consiguieran alguna información sobre el escondite de Morgan, y que centenares de hombres estarían ya sobre su pista. Todo esto pasó por su cerebro en fracciones de segundos, y pensó al mismo tiempo también que si el fugitivo era encontrado allí, ella iría a la cárcel, por encubridora, para el resto de sus días.

Fue este último pensamiento al que le dio fuerza para mover los labios.

—Vete de aquí, Morgan —dijo en un susurro.

El «gangster», tambaleándose, la apartó de un brutal manotazo.

—No he venido aquí para dar explicaciones, Suzy. Estaré contigo solamente un día, hasta que pueda venir un médico a curarme la pierna o hasta que Dorothy Fulton me proporcione una salida. Si haces algo por delatarme, Suzy, te dispararé al corazón. O te abriré de un balazo la cara, Suzy. Sí, eso es; si haces algo por delatarme.

Cayó sobre una de las butacas, desfallecido, jadeante.

—Me estoy desangrando. Véndame la pierna.

Suzy tuvo una crispación nerviosa y corrió a su dormitorio. Morgan, con una especie de alarido, la siguió. Pudo interponer el brazo antes de que ella cerrase la puerta y, derribándola sobre el lecho, empezó a abofetearla brutalmente.

Terminó cuando vio huellas de sangre en el rostro de la mujer. Entonces extendió sobre el lecho su pierna herida.

—He dicho que me vendes la pierna, Suzy. Tú sabes hacerlo muy bien.

La mujer, sin decir una palabra, seguida por la mirada llameante del «gangster», se levantó y extrajo de su tocador vendas, una rodillera de goma que empleó en sus años de bailarina, y una botellita de líquido desinfectante.

Morgan, ayudado por Suzy, que mantenía los ojos semicerrados y la cabeza baja, se recogió el pantalón hasta un poco más arriba de la rodilla, y dejó al descubierto el curso de sangre y la mordedura

rojinegra del balazo. Suzy empezó a limpiarle, mientras el fugitivo apretaba los dientes para reprimir un gemido de dolor.

—Dorothy Fulton ha sido capturada. Lo ha dicho la radio hace poco tiempo —mintió Suzy para hacer ver, de este modo, a Morgan, que ya no le quedaba ninguna esperanza.

Pero el «gangster», debilitado por la pérdida de sangre, tenía los ojos cerrados y ni siquiera debió oírlo.

Rápidamente, y sin preocuparse demasiado de la eficacia de su cura, Suzy vendó la herida de Morgan y desdobló el pantalón hasta el tobillo. Una vez hecho esto, le miró fijamente.

—Te encontrarán aquí, Jackie. Tú irás a la silla eléctrica, y yo a la cárcel de mujeres para el resto de mi vida.

La mención de la silla eléctrica enfureció a Morgan que experimentó un sobresaltó.

—Si vuelves a hablarme así, dispararé, Suzy. En cambio, salvarás la vida si esperas sin hacer nada hasta que amanezca. Siéntate en esa butaca, y no te muevas bajo ningún pretexto. Yo... intentaré descansar un poquito.

Era tan ostensible su progresiva debilidad, que en los ojos de la mujer brilló una maligna chispa de esperanza.

—Bien. Descansa cuánto quieras, Morgan. Ya sabes que yo me portaré bien, si tú me comprometes lo menos posible.

Y demostrando con hechos la sinceridad de sus palabras, fue a sentarse en una de las butacas, sin mirar siquiera a Morgan y como si ya se hubiese acostumbrado a la nueva situación. El «gangster» se tendió en el techo, con un suspiro de placer, colocando la pistola encima de su vientre. Unas gotitas de sangre resbalaron sobre el cobertor, nadando del vendaje mal hecho.

El dormitorio era la habitación menos fea de las tres que componían el piso. Al menos tenía una gran ventana, una ventana casi inmensa, que debía dar sobre la calle. Estaba cubierta por unas cortinillas de gasa, y la cabecera del lecho se hallaba adosada a ella, en lugar de la pared. De modo que cualquiera que pretendiese entrar por aquella ventana, tropezaría con el lecho; hacía falta retirar éste para que la ventana pudiera abrirse completamente. Morgan, a pesar del sopor que le invadía, se dio cuenta de todo esto, y pensó que vigilando a intervalos la puerta de la habitación, para que Suzy no escapara por ella, podía considerarse seguro.

Cerró los ojos.

La pierna ya apenas le dolía, y sólo notaba una progresiva indiferencia ante todo, mientras sus ojos se cerraban implacablemente. Puso ambas manos sobre su pecho, y volvió la cabeza a un lado, en posición de perfecto descanso. Suzy, desde su butaca, le vigilaba con el rabillo del ojo, y no perdía de vista uno solo de sus movimientos. Años atrás había trabajado con Morgan, pero ahora los tiempos y las circunstancias habían cambiado mucho, y no estaba dispuesta a comprometerse por él. Además, Morgan no había tenido escrúpulos para dejarla a ella en la estacada, cuando necesitó ayuda. Por eso, en sus ojos, se iba afianzando ahora una luz de seguridad en sí misma, y más tarde un reflejo de odio. Cuando adivinó que Morgan respiraba calmada y regularmente, se levantó en silencio.

La pistola estaba sobre el vientre del «gangster» con la culata en su cintura. Suzy vio con ojo experto que tenía el seguro suelto, y dedujo que estaba montada y lista para disparar.

Morgan seguía respirando tranquila y monótonamente. Avanzó un paso hacia él y, temblando, pues sabía que en aquellos segundos se jugaba la vida, tendió su mano hacia el arma. Con los dedos crispados rozó la culata. En aquel momento, Morgan volvió la cabeza.

Trató de incorporarse, dejando caer la mano sobre la pistola, pero Suzy fue más rápida. Encañonó al «gangster», y una mueca despectiva se plasmó en sus labios.

Morgan, que sabía que estaban agotadas todas las balas del cargador, se levantó rápidamente con una horrible expresión de odio en sus facciones, tratando de sujetar a la mujer por la garganta. Suzy, retrocediendo un paso, apuntó fríamente a su cabeza, y echó hacia atrás el gatillo.

Se oyó un ruido, pero no fue el del disparo.

Alguien rompió de un golpe los cristales de la ventana, triturándolos materialmente. Un cuerpo gigantesco se apoyó sobre ella, y la hizo astillas. Ante los ojos atónitos de los dos enemigos, apareció una mano. Una mano grande, ancha, que Morgan conocía bien...

Minutos antes, Jarvis Lambert y los agentes se habían detenido rabiosos en la acera, frente a la fachada del «Metropolitan Opera

House».

Un coche y una ambulancia se detuvieron casi a la vez. Del coche comenzaron a salir periodistas y fotógrafos con sus máquinas a punto.

Uno de los reporteros trató de interrogar a Lambert, sin fijarse en la expresión sanguinolenta de los ojos de éste, y recibió un empujón que estuvo a punto de arrojarle al suelo.

De la ambulancia descendió un médico y, tras él, dos hombres uniformados con una camilla.

Los reporteros impresionaban algunas placas, silenciosamente. Uno de ellos corrió hacia un club cercano para comunicar por teléfono a su redacción que Jackie Morgan había logrado fugarse de nuevo. Antes que llegase al otro lado de la calzada, el automóvil del fiscal del distrito se detenía ante el teatro. De él, además del fiscal, descendieron un agente armado y un fotógrafo especial del juzgado.

Minutos más tarde, el cadáver de Livett, cubierto con una sábana, era extraído del «Metropolitan Opera House», Jarvis Lambert se detuvo ante la camilla y descubrió el rostro del muerto, contemplándolo fijamente durante unos segundos. Varias máquinas a la vez tomaron aquella escena macabra y desusada, captando incluso el brillo maléfico de los ojos de Lambert. La fotografía, horas más tarde, había de hacerse famosa en los Estados Unidos, y cada repórter recibió por ella cerca de mil dólares.

Cuando la camilla había sido introducida en el coche de la *Morgue*, un agente uniformado vino corriendo desde la calle lateral. Sus ademanes reflejaban una intensa excitación.

—¡Hay un rastro de sangre en la calle! —gritó—. ¡Ése es el sitio por donde ha escapado Morgan!

Todos corrieron como un solo hombre tras el agente, que después de avisarles había vuelto la espalda. En la calle lateral, efectivamente, se marcaba el reguero de sangre que el «gangster» había ido dejando a su paso.

Aquel reguero concluía junto a un taxi en una parada reglamentaria. Lambert fue el primero en llegar a él.

Abrió la portezuela violentamente, y no vio en el interior el menor rastro de sangre.

—Deme el número de su compañía —ordenó al sorprendido chófer.

Éste obedeció, y el mismo Lambert lo marcó en el teléfono que había en un poste, junto a la parada. Una voz cansina le respondió desde el otro lado del cable:

—Soy agente del «F.B.I.» —declaró—, quiero que me diga si alguno de sus taxis ha regresado con manchas de sangre en el asiento posterior. Es importante.

Oyó un cuchicheo, y tuvo que aguardar unos minutos.

—Algo sabemos —dijo la misma voz, ahora más rápidamente—. Uno de nuestros conductores acaba de telefonar diciendo que un hombre lo tomó cerca de la Ópera, y que le hizo conducir hasta la entrada de Bowery. Acaba de ser alquilado por otro cliente y éste se ha quejado de que había manchas de sangre en el asiento.

Los ojos de Jarvis Lambert brillaron intensamente.

—Gracias —murmuró.

Se volvió hacia los periodistas, los policías y el fiscal, que le habían seguido.

—Jackie Morgan —declaró— ha sido conducido desde aquí hasta la entrada de Bowery. Claro está que no ha sido tan imprudente como para detenerse ante la casa en que pensaba ocultarse. Es preciso, por tanto, que un numeroso grupo de agentes de una batida en el barrio. Yo, que he comenzado sólo esta misión, la acabaré solo. Buena suerte.

Se introdujo en el taxi que tenía a su lado y, sin dar ni recibir ninguna otra explicación, se hizo conducir al Bowery.

Sabía lo suficiente de la vida de Jackie Morgan para suponer a dónde se habría dirigido en estos momentos desesperados. Sólo una mujer de las que vivían allí, Suzy Grandall, había trabajado con él, y era posible que estuviese dispuesta a prestarle ayuda.

Mientras corrían a toda velocidad por las avenidas desiertas, se iba frotando las manos, entre nervioso y satisfecho.

—Sólo tengo una hora y quince minutos, Anna, pero haré cuanto pueda por salvar a su hermano. Y si en una hora y quince minutos es posible encontrar a un hombre en Nueva York y hacerle hablar, yo lo conseguiré, Anna.

Milton Roy estaba frente a la muchacha, y sus ojos serenos se habían posado en ella. Había tal sinceridad, tan noble entrega en sus palabras, que la joven sintió cómo un pinchazo de emoción penetraba hasta su fondo, a pesar de las circunstancias. Hizo un

movimiento instintivo de aproximación hacia Milton, y cerró los ojos como si algo gravitase sobre ellos, con una intensa pesadumbre.

El agente advirtió que toda la angustia de aquel momento se apoderaba de él, y la fuerza moral que había pretendido comunicar a Anna, le iba abandonando.

—No está todo perdido, Anna. Aún puedo encontrar Morgan, o puede encontrarlo otro. Quizá el gobernador de Nueva York decidirá a última hora, que la ejecución se aplaze. Muchas veces ha ocurrido así, sobre todo cuando la Prensa y la radio han hecho de un caso un motivo de escándalo público.

Anna advirtió la escasa convicción que había en las palabras del hombre. Se las agradeció, a pesar de todo, desde el fondo de su alma. Estaban los dos solos en el pequeño vestíbulo, en pie, y se habían acercado instintivamente; Milton Roy había hecho cualquier cosa para Tranquilizar a la mujer, y ésta no dejaba de estimar los denodados esfuerzos que el joven realizaba para consolarla. Ambos, casi a la vez, se dieron cuenta de la situación real.

—No se moleste por mí, John. Yo he llorado ya todo lo que tenía que llorar.

Milton Roy la recordó tal como la viera tiempo atrás, con su elegante vestido de modelo cara, su bolso de piel de lagarto, sus sortijas... La recordó ayudándole, a pesar de no conocerle, y en ese momento una sensación muy distinta se adueñó de su espíritu. De repente cambiaron todos sus deseos, y sólo vio a la mujer, sin recordar su apellido ni la trágica historia a que se había ligado Anna. Y la rodeó con sus brazos, sin que ella opusiera resistencia. Sus ojos despedían ahora más que nunca, una luz alentadora.

—Yo quiero ayudarte a vivir, Anna. No sólo ahora. Quiero ayudarte a vivir siempre. Yo te he buscado, Anna, a través del peligro. Ayúdame tú a encontrar mi camino, porque te necesito.

Y sus brazos le entregaron el consuelo de su presentía, de saberse querida y acompañada en aquel momento terrible. Milton Roy le transmitió la fuerza y el deseo de vivir a través de la pasión que brillaba en sus ojos, y sus labios acariciaron sus dos mejillas y sus párpados suavemente, y buscaron su boca como el refugio que siempre habían deseado. Ansiosamente.

El piso de Anna Tedell Martins y el de Suzy Grandall, estaban

situados apenas a quinientas yardas de distancia.

Cuando Morgan vio aquella mano, comprendió inmediatamente que el diablo estaba de nuevo en contra suya, y que ahora ya no podía huir. Lanzó un alarido de rabia, al tiempo que los restos de la ventana quedaban destrozados, y aparecía en el hueco la figura gigantesca de Jarvis Lambert. Una luz fatídica, homicida, brillaba en sus ojos. Morgan arañó el aire, en un impotente gesto de desesperación.

Vio cómo Lambert extraía la «Luger» de su bolsillo, sin dejar de mirarle. Sus ojos tenían la propiedad hipnótica de los del gato o la serpiente ante una presa acorralada. Sintió su pierna rígida, como una cosa muerta bajo su tronco, y comprendió que iba a morir.

Pero Suzy, mujer al fin, acostumbrada a emplear hasta el último momento todos los recursos de la astucia, había tenido más serenidad.

En el momento en que la mano apareció ensangrentada, entre los cristales de la ventana, ella notó que Morgan la soltaba, y retrocedió instintivamente de un salto. Un segundo le bastó para pasar del dormitorio al vestíbulo, donde, en un secreter, tenía una pequeña pistola con dos balas.

Abrió nerviosamente el mueble de un manotazo y la empuñó, para lo que pudiera suceder.

Jackie Morgan se arrojó a los pies de Lambert, en un desesperado intento para conservar la vida. Éste disparó al mismo tiempo, rozándole la cabeza. Sintió en sus piernas una dolorosa presa de jiu-jitsu aplicada por Morgan con agilidad felina, y cayó hacia atrás exhalando un gemido.

El disparo fue oído por varias personas, pero afectó especialmente a dos.

Una de ellas, Milton Roy, que se encontraba ya en la calle.

La otra Suzy Grandall que, no encontrando normal en un policía el proceder del gigante, apareció en el umbral con el arma montada.

La prudencia es imprudente cuando rebasa cierto límite, y así ocurrió con Suzy Grandall. Nada habría ocurrido de haber permanecido quieta en el vestíbulo, ajena a la pelea que inevitablemente había de acabar con la muerte de su excómplice. Pero aquella decisión con que intentó defender su propia vida, le

fue fatídica.

Jarvis Lambert la vio con una pistola en la puerta y, creyendo que trataba de defender a Morgan, hizo fuego contra ella. La bala, certera, atravesó el corazón de Suzy.

Morgan vio en aquellas décimas de segundo su última posibilidad de salvación y, lanzando un rugido, amartilló entre sus manos la muñeca de Lambert, retorciéndola. Éste, con un alarido natural, soltó la «German Luger». Como dos fieras, buscando estrangularse, rodaron sobre la alfombra. Lambert quedó sobre Morgan, y trató de repetir la terrible presa que había dejado exánime al dueño del «Samarkand's».

Pero cuando su antebrazo se apoyaba ya en el cuello de Morgan, éste hizo su último y desesperado esfuerzo, y levantó rapidísimamente su pierna útil. El corpachón de Lambert, por unos segundos, se bamboleó sobre el del «gangster». Fue suficiente para que éste colocara la rodilla doblada y lo impulsara hacia atrás, por encima de su cabeza.

Dos manos buscaron desesperadamente la culata de la «German Luger». La de Morgan fue más rápida.

Arrojando espuma entre los labios vio, como envuelto en neblina, el rostro demudado de Jarvis Lambert. Su pulso temblaba, y ahora un dolor llameante ascendía desde su herida, en la pierna, hasta cubrir la cadera. Cuando disparó no veía apenas al gigante, que había saltado ya hacia el roto ventanal. Le arrancó piel en la mejilla, quemándole desde el mentón hasta la oreja izquierda. Pero la herida, insignificante, sólo sirvió para que Lambert se decidiese a saltar a la calle desde un segundo piso, temerariamente, ante la inminencia de un disparo más certero. A unos pies de distancia se abría un callejón entre dos edificios, que probablemente no tenía salida. Lambert, haciendo un instantáneo cálculo de posibilidades, se ocultó allí. La penumbra que reinaba a su alrededor, impedía distinguir una figura a más de seis pasos de distancia.

Morgan quedó arqueado en la ventana, con la «Luger» entre sus manos. Durante diez segundos, tal vez quince, no pensó nada, ni se dio exacta cuenta del lugar en que se hallaba. El dolor de su pierna y su cadera ascendía hasta su cerebro, envolviéndolo en oscuridad, y sumiéndolo en la inconsciencia. El pensamiento de que podía

matar a aquel diablo llamado Jarvis Lambert, su pesadilla durante toda la noche, le reanimó. Asiéndose a la estrecha escalera, parecida a la de la torre de un submarino, seguramente había servido a Lambert para ascender hasta allí, trató de bajar hasta la calle, valiéndose de un brazo y una pierna. Pero, a dos yardas sobre el asfalto, sus fuerzas le abandonaron, y cayó. Fue a desplomarse justamente a la entrada del callejón, a la vista de Jarvis Lambert.

Éste lanzó una carcajada metálica, en la que parecieron rechinar todos sus dientes.

Cogiendo a Morgan por la americana, como un fardo, lo introdujo en el callejón. Comprendió que sólo tenía unos minutos para acabar con él, antes de que llegase alguien. Iba a apoderarse de la «German Luger», cuando oyó ruido a la entrada del callejón.

Alzó los ojos, para encontrarse ante la figura de un hombre pelirrojo, hercúleo, con los brazos arqueados.

Lambert conocía a Milton Roy.

Lo conocía desde que aquel joven pelirrojo, recién ingresado en el F.B.I., se jugó el puesto matando de cuatro disparos a tres sabuesos de Charles Binaggio, uno de los reyes de la «Mafia», cuando éstos intentaban evitar la detención del jefe, después de una incalificable operación de trata de blancas y compra venta de votos electorales. En un ambiente de fiscales corrompidos, entregados al dinero del «Sindicato», los tres cadáveres que Milton Roy hizo ingresar en la Morgue con balas en la cabeza, fueron como tres bombas cuya explosión se oyera en todo el territorio de los Estados Unidos.

Y fue precisamente en aquellos tres hombres con la cabeza atravesaba, en los que pensó ahora Jarvis Lambert.

La actitud de Milton Roy no ofrecía dudas. Avanzaba con los brazos semiflexionados, el busto sobresaliente y firme, la cabeza alta con la antorcha llameante de los cabellos pelirrojos. Y Jarvis Lambert, que era un hombre demasiado listo para no adivinar el exacto sentido de todas las situaciones, comprendió que Milton Roy se venía ocupando de él desde hacía algún tiempo, y que había descubierto su verdadera personalidad.

Olvidándose del desfallecido Morgan, trató de asir la «German Luger». Roy, saltando hacia él, le propinó una patada en la mano antes de que ésta lograra alcanzar el arma, pisando con todo su

peso el cuerpo de Jackie Morgan, quien exhaló un débil gemido. Jarvis Lambert se arrinconó contra la pared y sus labios se distendieron en una sonrisa de alegría salvaje.

Había comprendido.

Si Milton Roy no había sacado su pistola, era porque no tenía pruebas absolutas contra él, y en tal caso habría sido demasiado temerario matar, sin más, a un agente del F.B.I... Necesitaba, pues, capturarlo vivo.

Y para que un hombre pudiera capturar vivo a Jarvis Lambert, tendría que aplastarle con sus puños, cosa que hasta entonces no había sucedido jamás y que, desde luego, en el pensamiento del gigante, no sucedería nunca.

Los dos saltaron al mismo tiempo, en un afán salvaje por acabar enseguida, Milton Roy recibió el primer impacto.

El puño derecho de Lambert cayó sobre su mentón, haciéndole tambalearse. Antes de recobrarse, dos nuevos golpes propinados científicamente tras las orejas, produjeron en su cerebro un trágico pitido.

Milton Roy comprendió que, cazado en frío por un hombre de un peso dos veces superior al suyo, estaba ya al borde del K. O., y que caería en él si recibía un nuevo golpe. Y este golpe llegó.

Fue asestado a la vez, en doble *uppercut* por los dos brazos de Lambert. Roy, sintiendo un agudísimo dolor en la barbilla, saltó hacia atrás y notó, entre los vapores de la inconsciencia, que su cabeza chocaba contra la pared de ladrillos.

Pero su práctica en el pugilismo le había enseñado el peligroso sistema de mantenerse a toda costa en pie, aun estando inconsciente.

Había visto a muchos hombres, alguno de los cuales llegó a morir más tarde a consecuencia de los golpes, convertidos en guiñapos, en verdaderos «punchrunk», resistir quince asaltos, cubriéndose y agarrándose al enemigo de cualquier modo, cuando ya desde el primero no acercaban a ver su rincón ni sabían exactamente dónde estaban.

Eso fue lo que hizo «Johnny» Milton Roy, el hombre de los cabellos rojos.

Con la cabeza baja, los dientes apretados y los ojos cerrados fuertemente, trató de sujetar a Lambert. Éste, menos práctico que su

enemigo en las tretas del pugilismo, no supo evadirse a tiempo, y encontró sus dos brazos inmovilizados por el abrazo de Roy, que al mismo tiempo le propinaba sendos cabezazos en el mentón. Jadeante de ira, haciendo un brusco esfuerzo con todos sus músculos, Lambert se desasíó, y pudo saltar hacia atrás. Pero cuando volvió a fijar sus ojos en el rostro de Milton Roy, advirtió un cambio muy extraño en éste. Ahora sonreía.

Sonreía con una sonrisa desafiante, irónica, aunque cuadrada y algo rígida. La sonrisa forzada de un púgil que pretende acobardar a su enemigo. Lambert lo comprendió así, y descargó ambos brazos al mismo tiempo sobre el pelirrojo, sin atender a cubrirse. Pero hizo mal. Roy sabía fintar, y hubiera esquivado una bala, caso de poder verla. Los brazos del gigante pasaron sobre su cabeza, al tiempo que proyectaba su puño izquierdo en el hígado de Lambert, y el derecho en su estómago; el resultado no se hizo esperar. Jarvis retrocedió vacilando. La sonrisa de Milton Roy se hizo más ancha.

Fue aquella especie de burla desafiante lo que enardeció a Jarvis Lambert. Lanzando un rugido saltó sobre su enemigo, y logró cazarle antes de que acertara a cubrirse. Sus puños cayeron implacables, demoledores, crueles, sobre el rostro ensangrentado del pelirrojo. Éste vaciló, aplastado contra la pared, martilleado salvajemente en todos los puntos vulnerables de su cuerpo. De repente se irguió y se puso a pegar también, sin intentar cubrirse. Había comprendido que estaba al borde del «groggy» absoluto, y que era mejor jugarse el todo por el todo en un brutal cambio de golpes, con guardia abierta. Los puños de los dos gigantes castigaron con velocidad increíble, con los nudillos ensangrentados, las mejillas completamente despellejadas, hasta que crujieron sus mandíbulas. Fueron los golpes de Milton Roy más científicos, más certeros y eficaces, los que antes abatieron la resistencia del contrario. Aun sin verle, Roy buscaba implacable las sienes de su enemigo, sus ojos, su nuca, martilleándole despiadadamente hasta sentir cómo crujían sus huesos. Su pelea se transformó en una carrera de resistencia entre dos hombres al borde del K. O. Y el que más experiencia tuviera para conducirse en este estado crepuscular en el que sólo actúan los reflejos, sería el vencedor.

Jarvis Lambert retrocedió hasta encontrar con su espalda los ladrillos de la parte opuesta. El impacto que la bala de Jackie

Morgan había hecho en su mejilla, sangraba intensamente a consecuencia de los golpes de Roy, y le producía un dolor insufrible. Aún tuvo una reacción desesperada para derrotar a su enemigo, y logró conectar un golpe salvaje al cuello de Roy, que le hizo tambalearse. Hasta el momento, ninguno de los dos había caído al suelo; Roy estuvo a punto de hacerlo esta vez. Pero se recuperó y volvió a la carga con los dientes apretados y la cabeza baja. Lambert extendió entonces sus largos brazos, más largos, desde luego, que los de su contrincante, para intentar frenarle, como frenan un tren los topes de una estación terminal. Pero aquella maniobra resultó ser la peor que hubiera podido emplear en tales circunstancias.

Roy, alzando un brazo, apartó uno de los de su enemigo, y todo el costado izquierdo de Lambert quedó en descubierto durante cinco o seis segundos.

Dos impactos seguidos al hígado, propinados con el puño derecho, le hicieron doblarse de dolor. Pero resistió, y hasta logró lanzar varios golpes desesperados al vacío. Roy se descubrió entonces y, seguro de lo que hacía, descargó, con el canto de la mano abierta, un terrible golpe en la parte anterior del cuello de Lambert, sobre la nuez de Adán. El gigante exhaló un gemido, y palideció intensamente. Un burbujeo espasmódico, gutural, ascendió por su garganta. Recibió entonces un «uppercut» al mentón, con la boca cerrada, capaz de remover el cerebro de un elefante. Antes de que la sangre empezara a manar entre sus dientes, un «crochet» tras la oreja. Dos golpes a los ojos. Se dobló lentamente, como una torre presta a derrumbarse. Otro golpe de la mano abierta, «golpe de conejo» prohibido en todos los reglamentos de lucha a la nuca. Y un último directo al mentón, que le hizo caer como un fardo.

Bien sabía Milton Roy que su deber era colocar a todos los que hubiesen cometido un crimen ante un jurado de doce hombres. No quería matar a Jarvis Lambert e incluso, para eliminar en absoluto esa posibilidad, había renunciado, temerariamente, a usar la pistola hasta en los momentos más trágicos de la lucha. Al verle caer pensó inmediatamente en trasladarle, con Morgan, a un lugar donde pudiera ser auxiliado. Pero pese a estas honorables y reglamentarias intenciones de Milton Roy, cuando Jarvis Lambert cayó a tierra,

estaba ya muerto.

Una bala de «German Luger» le había atravesado la sien.

El pelirrojo se volvió, saltando como movido por una catapulta, al oír el disparo. Lo hizo a tiempo de ver a Jackie Morgan, que apoyado en la pared de ladrillos, le apuntaba con una expresión homicida en los ojos.

Faltaban treinta y cinco minutos para la hora de la ejecución, y exactamente veinte para que John Tedell Martins fuese trasladado al departamento de la silla eléctrica.

La vigilancia se había triplicado, y en aquel momento nueve hombres silenciosos, taciturnos, paseaban lentamente por el corredor donde se abrían las celdas de los condenados a muerte.

El gobernador de

Sing-Sing

tenía conectada la radio en su despacho, y recibía noticias por teléfono, además, cada cinco minutos. El locutor, después de describir la fuga de Morgan del interior del «Metropolitan Opera House» y declarar que la policía seguía en estos momentos una pista al parecer falsa (podía ser una añagaza, pensaba con confianza el gobernador de

Sing-Sing),

había ofrecido en nombre de una importante entidad comercial un premio de veinticinco mil dólares al que presentase a Jackie Morgan antes de las cinco menos cinco minutos de la madrugada.

Esto es lo que escuchaba todo Nueva York, y lo que se sabía públicamente. Pero el gobernador de

Sing-Sing

había sido informado telefónicamente de que pesaban graves sospechas sobre el encargado de la búsqueda, Jarvis Lambert, y de que varios hombres del F.B.I. seguían su rastro en aquel momento para detenerle y evitar que, caso de hallar a Morgan, le diese muerte, eliminando así las últimas posibilidades de redención para Tedell Martins. Dos nuevos agentes, Bob Fligan y John Milton Roy, habían sido encargados de la caza.

La radio preparaba un reportaje monstruo, con todos los detalles conocidos hasta entonces de la persecución de Jackie Morgan.

Tal era la situación a las 4.25 de aquella madrugada.

El gobernador telefoneó por el conducto interior y pidió noticias

sobre el estado de Tedell Martins. Le contestó el guardián de la mirilla, que fue inmediatamente relevado.

John Tedell Martins permanecía quieto sobre la litera, con los ojos cerrados y las manos plegadas sobre el pecho, igual que si ya estuviese muerto, y no movía un músculo ni hablaba una palabra. Solamente a intervalos, como única señal de vida, habían visto brillar algunas lágrimas por debajo de sus párpados.

El gobernador, con voz opaca, ordenó que le preguntasen si deseaba recibir al sacerdote que había de acompañarle en el momento de la ejecución. Dicho esto colgó el teléfono, y extendióse sobre el diván de cuero de su despacho, cerró los ojos y juntó las manos sobre su pecho, igual que el condenado que se hallaba a muchos pies debajo suyo, como si a ambos les uniesen los mismos sentimientos y la misma desesperación.

En aquel momento, 4.30 de la madrugada, un coche de la Morgue cruzó a toda velocidad el puente de Brooklyn, camino de Sing-Sing.

Iba escoltado por dos hombres, y contenía el ataúd para Tedell Martins.

CAPÍTULO VIII

LA MUERTE AVISA DOS VECES

Bowery, 4.30 madrugada.

Prisión de

Sing-Sing,

4.45 madrugada.

Edificio en construcción de la Compañía Felwel, 4.45 madrugada.

Milton Roy, a pesar de su deseo de atrapar vivo a Morgan, no vaciló esta vez, y llevó la mano hacia la pistolera de costado. Pero no llegó a utilizar el arma.

En el momento de ir a sacarla se lanzó a tierra, para esquivar el inminente balazo de Morgan. Pero éste fue más rápido y le atravesó la mano, desviándose la bala y haciéndole un rasguño en el pecho. Milton cayó, con un gemido. La pistola llegó al suelo antes que él.

Jackie Morgan disparó otra vez, a ciegas, al tiempo que corría arrastrando la pierna hacia la salida del callejón. Había oído el ruido del motor de un coche, y temió que se acercase lleno de agentes de la policía Metropolitana. Para John Milton Roy, esto significó la vida.

Y para Jackie Morgan también la significó al menos momentáneamente, el que el coche que se aproximaba perteneciese a un vendedor de fruta y pescado para los restaurantes del Bowery, que se dirigía ya a hacer sus compras al mayor. Luigi Casiello, grasiento, tímido, poco práctico en identificar el lugar de donde venían unos disparos de pistola, estuvo a punto de sufrir un síncope cuando se vio forzado a detenerse por un individuo ensangrentado, de expresión decidida, que le cortaba el paso con una pistola como las que había visto dibujadas en el «Post» y el

«Collier's»

en sus ediciones de los años de guerra.

Unos segundos después, Morgan escapaba a toda velocidad en el automóvil de Luigi Casiello, que quedaba inmóvil en el centro de la calzada, con, una expresión de estupor.

Milton Roy salió del callejón antes de que el automóvil se perdiera de vista. Dos hombres a medio vestir, inquietos por los rumores de lucha, se acercaban corriendo. El pelirrojo se dirigió a ellos, apretándose contra el pecho su mano ensangrentada.

—Soy agente del F.B.I. Dígame inmediatamente dónde puedo encontrar un garaje.

Era la primera vez en toda su carrera que Milton Roy tenía que pedir ayuda a unos desconocidos.

Uno de ellos le indicó la próxima manzana de casas, a la que el agente se dirigió corriendo.

Un garaje pequeño, con un solo empleado nocturno que se había atrevido a abandonarlo al oír los disparos, se abría bajo unas luces amarillentas. Pequeñas camionetas de reparto, y un par de coches destartados, eran custodiados allí. Roy fijó sus ojos, al fondo del local, en una «Harley Davidson» pesada, sin side, capaz de desarrollar tanta velocidad como el más rápido automóvil. Se dirigió al empleado, mostrando su placa de agente federal.

—Necesito esa «Harley» por media hora. Pagaré los posibles desperfectos. ¿Tiene gasolina?

—Acabo... acabo de cargarla.

Milton Roy no esperó más. De un salto montó sobre ella y, conduciendo con una sola mano, salió del garaje como una exhalación. Uno de los desconocidos le indicó que el coche que perseguía había torcido hacia la izquierda. Pensaba, tal vez en un accésit del premio de los veinticinco mil dólares.

El cortejo de la muerte se había detenido ya ante la celda de Tedell Martins.

El celador más antiguo abrió la puerta, y el condenado, como si le aguardase con impaciencia, se puso en pie. Tenía las facciones completamente lívidas, y sus manos temblaban perceptiblemente, aunque hacía esfuerzos para disimularlo. Salió, precedido del capellán de la prisión y seguido por los celadores. En el corredor, los nueve agentes pusieron las manos sobre sus revólveres,

automáticamente.

Comenzaron a andar.

Para llegar a la cámara de la silla eléctrica, había que salir por la puerta del fondo del pasillo, exactamente igual que si recobrarse la libertad. Pero luego, en vez de ascender por las escaleras, era preciso torcer hacia la izquierda, hacia un nuevo pasillo en cuyo fondo se abría una puerta de hierro. Todos los celadores habían comprobado que casi ningún condenado miraba aquella puerta, y que, en cambio, los ojos de los que iban a morir resbalaban sobre las escaleras que conducían hacia el exterior, con una rabiosa desesperación o una resignada mansedumbre.

Los ojos de Tedell Martins se posaron también en ellas, y brillaron con una luz triste.

Se abrió la puerta de hierro para dejar paso al cortejo. Fue entonces cuando, por primera vez, vio Tedell Martins cómo era la cámara de la silla eléctrica. Vio los rostros de los testigos, que ya habían ocupado sus sillas y le contemplaban con una curiosidad brutal, sin un asomo de humanidad en sus indiferentes ojos. Eran columnistas de periódicos, gentes vulgares que luego contarían a sus esposas, al volver al lecho, los segundos que había durado Tedell Martins. Sólo el gobernador, de pie en el centro de la trágica estancia, con la cabeza abatida, parecía darse cuenta de la terrible situación. El abogado de Martins se acercó a éste y le puso una mano en el hombro.

—Dime qué quieres de mí, John. Dime qué quieres y lo haré, cueste lo que cueste.

Había tal sinceridad en su voz, que Tedell Martins casi sintió pena.

—Gracias, Claridge. Sólo quiero que me des la mano.

Se la estrecharon con fuerza. Brillaron extrañamente los ojos de algunos de los testigos, cuya expresión había cambiado de improviso.

El gobernador indicó entonces a Tedell Martins que debía sentarse en la silla eléctrica.

El condenado lo hizo, sin ninguna vacilación, y cerró los ojos echando hacia atrás la cabeza. Dos guardianes le ataron manos y piernas y un tercero oprimió un timbre, dando una primera llamada de atención al verdugo, que se hallaba solo ante el tablero de

mecanismo en una pieza contigua.

Todos los presentes miraron sus relojes. Era la hora justa de la ejecución, que se retrasaría, pues Martins aún no estaba preparado. Uno de los agentes se acercó entonces al gobernador, y pidió permiso para disponer convencionalmente la cabeza del sentenciado. A partir de aquel momento, ya no viviría ni cinco minutos.

Fueron pasando, entre una atmósfera de tensión insoportable. El casco fue colocado sobre la cabeza de Martins. El agente hizo una segunda llamada de atención al verdugo.

De repente, el gobernador de
Sing-Sing

pareció recordar algo. Todos sus músculos sufrieron una violenta crispación.

—¡Quiten el casco de la cabeza de ese hombre! ¡Aún no ha llegado la hora de su ejecución! ¡Ganó en la partida con Jackie Morgan el derecho a morir en segundo lugar, y éste es el turno del fugitivo! Nadie puede impedir que yo me atenga al pie de la letra al horario establecido. ¡Tu turno no llegará hasta dentro de quince minutos, Tedell Martins! ¡Sólo Dios sabe si al ganar la partida de Jackie Morgan, ganaste el derecho a tener fe en los milagros!

El automóvil de Luigi Casiello era un fiel barómetro de los negocios de su dueño, que no resultaban ni abundantes ni prósperos. Por eso su motor de ocho caballos de fuerza empezó a crepitar cuando Morgan intentó sacarle la máxima velocidad, y el cambio de marchas saltó de su sitio un par de veces. Para los seis caballos impecables de la «Harley» resultó un juego de niños alcanzar al fugitivo.

Al sentir a su espalda el runruno del motor, Morgan decidió jugarse el todo por el todo, y frenó bruscamente el coche, esperando que la motocicleta pasase de largo a su izquierda, al no poder detenerse a tiempo, y acribillar al conductor con la «Luger». Así lo hizo, pero Roy pasó agachado sobre el depósito de gasolina y la única bala del cargador silbó sobre su cabeza. La moto, después de tambalearse, cayó de costado entre unas pilas de vigas amontonadas para un edificio en construcción, Milton Roy saltó al suelo.

Hasta entonces no había podido disparar porque conducía con la mano izquierda, teniendo la derecha inservible y crispada sobre su

pecho. Ahora cerró los dedos de su zurda sobre la culata de la pistola que había recuperado en el callejón, junto al cadáver de Jarvis Lambert.

Al acercarse al coche vio que Morgan no estaba en su interior. Un rastro de sangre conducía tras una valla de madera, en la que podía leerse: «Felwer Company. Filadelfia-Hollywood-New York».

Se acercó a ella, cautelosamente, pues no ignoraba que su enemigo iba armado.

Al llegar a la altura de la valla, algo silbó sobre su cabeza y dispuso de la fracción de segundo justa para apartarse a un lado. Una viga de hierro que había estado apoyada verticalmente en los andamiajes se desplomó y retumbó sordamente en el suelo.

Jackie Morgan estaba a unos pies por encima suyo, encaramado en un andamio, y le miraba con su rostro ensangrentado, con sus ojos desorbitados, que causaban horror.

Milton Roy le apuntó fríamente.

—No tienes balas, Morgan, y me bastará apretar el gatillo para saltarte la tapa de los sesos. Baja y entrégate pacíficamente.

El «gangster» no contestó, ni se movió siquiera. Parecía estar ya muerto. A no ser por la expresión diabólica de su mirada, Roy lo habría creído así. Volvió a ordenarle:

—Salta al suelo, Morgan, o dispararé a tus brazos y piernas, hasta que mueras. Puedo asegurarte que conozco medios legales para matar a un hombre, mucho más duros que la silla eléctrica.

La respuesta del asesino fue una carcajada, al tiempo que todo el andamiaje se derrumbaba sobre la cabeza del pelirrojo. Mientras éste le contemplaba, había estado arrancando uno de los tornillos base, haciendo caer dos vigas y varios gruesos tablones de madera. Uno de ellos se desplomó sobre la espalda de Milton Roy, inmovilizándole con su peso.

Jackie Morgan cayó también y trató de huir hacia el coche, arrastrándose entre los escombros.

Pero no había contado con que Milton Roy tenía comúnmente, a diferencia de casi todos sus compañeros, un extraño y fanático desprecio a la vida. En el momento en que vio a Morgan huir, y al no sentir en su mano izquierda el contacto frío de la pistola, decidió que si había de romperse la columna vertebral por aquello, valía la pena. Y arqueando con todas las fuerzas su espalda, tratando de

ahogar un gemido, se arrastró bajo el madero y saltó sobre Jackie Morgan.

—La muerte te ha avisado dos veces —masculló—. Cuando escapaste del «Metropolitan» y cuando yo intervine al pelear con Lugan Horst. Pero ya no es un aviso, Morgan. Ahora viene a recogerte.

Rodaron entre los escombros, casi bajo las ruedas del automóvil, Morgan, con sus dos brazos sanos, asió frenéticamente la garganta de Roy, intentando estrangularle. El pelirrojo, que no había podido desasirse, golpeó una vez el cuello de Morgan con su mano izquierda. El «gangster» se agitó convulsivamente. Aquél golpeó otra vez, y se aflojó la presión de los dedos de Morgan. Y Roy dejó caer su mano por tercera, por cuarta vez. Fue aquélla una salvaje lucha entre la fuerza de diez dedos y la potencia de un puño, y duró dos largos minutos. Cuando dos agentes montados en motocicleta llegaron al escenario de la pelea, Roy seguía golpeando el cuello de Morgan, que arañaba frenéticamente el polvo, lanzando estertores.

EPÍLOGO

Todas las emisoras de radio neoyorquinas ofrecieron conjuntamente un premio al mejor reportaje sobre la captura de Morgan, y lo ganó Raquel Talbot Siren, una joven periodista que obtuvo con ello buenas ofertas para trabajar en periódicos de más categoría.

El caso apasionó durante dos semanas enteras a todos los lectores y auditores de los Estados Unidos. El hecho de que Tedell Martins se hubiese salvado gracias al cuarto de hora que ganó con la baraja, la negra y extraña historia de Lukan Horst, la captura casi simultánea de Morgan y Dorothy Fulton, que confesaron a tiempo bajo la influencia del «suero de la verdad», eran, en efecto, hechos que no todos los días podían ser explotados por los columnistas o los articulistas de la radio.

John y Anna Tedell Martins obtuvieron un trabajo honorable en el oeste, y pocos días más tarde salieron de Nueva York sin haber podido dar las gracias a John Milton Roy, que se había recluido en el hospital y no admitía ninguna visita.

El caso queda catalogado en los archivos del F.B.I., y en él constan el acta de libertad de John Tedell Martins y la de ejecución de Jackie Morgan, mediante copias fotográficas legalizadas.

Cuando Anna y su hermano salieron de Nueva York en el expreso de la «Union Pacific», meditabundos a pesar de todo, no repararon en el hombre alto, pelirrojo, que atravesó el pasillo junto a su departamento. Pocos minutos más tarde, un obsequioso camarero negro entraba con una bandeja conteniendo dos raciones de pollo frío, champaña y dos paquetes de cigarrillos, y deseaba buena suerte a ambos de parte de un caballero que les rogaba aceptasen su obsequio.

Anna Tedell Martins sintió tan fuerte emoción que creyó ahogarse.

Salió al pasillo, jadeante, con los labios entreabiertos, los ojos relucientes de sorpresa y de dicha. John Milton Roy estaba allí, tendiendo suavemente ambos brazos, mirándola con una expresión que era nueva en él, y que significaba el comienzo de una nueva historia en su vida.

Se besaron al entrar en el departamento, donde el joven Tedell Martins aún pudo dar un silencioso y entrañable abrazo a su salvador, antes de retirarse. Anna y Milton Roy quedaron solos. Y de sus palabras, del lenguaje mudo de sus labios, nada es posible decir porque no está registrado en los archivos del F.B.I. ni en los del Tribunal Supremo ni en cualesquiera otros, sino en los archivos secretos y silenciosos del tiempo.

FIN



EN EL CONFLICTO ENTRE SU DEBER Y
UNA PASION DOMINANTE, UN AGENTE
DE LA LEY SE CONVIERTE EN ALIADO
DE UN MISTERIOSO CRIMINAL

EL HOMBRE TIGRE

que junto a sus víctimas destrozadas a zar-
pazos deja una tirilla de muñecos pintados:

LOS SIETE ENANITOS

Ellos son la única pista, siguiendo la cual un
hombre obsesionado matará hasta el último
componente de

La Banda de la Zarpa

PETER DEBRY

el formidable autor, tan admirado por todos
los lectores de la gran Colección **SERVICIO
SECRETO** ha escogido el título de

La Banda de la Zarpa

para su última y más apasionante novela,
en la que narra la singular historia del cri-
minal más enigmático con que ha luchado
hasta ahora la policía de los Estados Unidos.

LA BANDA DE LA ZARPA

será el próximo número de la triunfante
Colección **SERVICIO SECRETO**

Últimas novedades de EDITORIAL BRIGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 303 - M.^a Teresa Lago
VENCIDA
Núm. 304 - Lia Ramos
HETTIE LA INCONQUISTABLE
Núm. 305 - Francis Loida
AL REGRESAR
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURO

- Núm. 143 - M.^a Luisa Ruiz Sierra
SU CONCIENCIA
Núm. 144 - Javier Coto
ARMONIAS ROTAS
Núm. 145 - L. Masota
LA HIJA DEL DRAGON
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BIDENTE

- Núm. 244 - Alone Gregory
FORAJIDO POR ERROR
Núm. 245 - Peter Doorn
UNA ESTRELLA DE CINCO PUNTAS
Núm. 246 - M. de Silva
EL EXTRAÑO BANDOLERO
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 108 - Peter Debry
LOS EVADIDOS DE CAYENA
Núm. 109 - Silver Kane
SIETE HORAS DE VIDA
Núm. 110 - Peter Debry
LA BANDA DE LA ZARPA
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 199 - Isabel Saluena
AMOR INVENCIBLE
Núm. 200 - Matilde Redon Chirano
PRISIONEROS DEL ODIO
Núm. 201 - Lina Saler
CASADA CON NADIE
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 29 - Lolita G. Ellis
FLOR DE CASTILLA
Núm. 30 - Corin Tellado
EL DESTINO MANDA
Núm. 31 - Mercedes Muntó
ELFRIDA
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION IRIS

- Núm. 14 - Arnaldo Visconti
LA SULTANA
Núm. 15 - Arnaldo Visconti
TRES BALAS Y UNA ORQUIDEA
Núm. 16 - Arnaldo Visconti
RIO TORMENTO
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 43 - Chuck Stanley
DOS BUENOS CAMARADAS
Núm. 44 - George Cassidy
GUERRA EN LA PRADERA
Núm. 45 - Lynn Westland
EL VALLE DEL VENENO
APARICION BIMENSUAL. PRECIO 10 PTAS.

ⓑ Volúmenes recientemente aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.

Precio: 5 ptas.



